

(Foto CARRASCOSA)

LOS FUEGOS DE SAN JUAN

JAMES HOME

Por el L.<sup>o</sup> RAFAEL DE ARJONA

S.S  
6-30

B.P. de Soria



61045173  
SS 398 ARJ fie

SS  
398  
ARJ  
fie

R. 8501

LAS FIESTAS DE SAN JUAN  
Y  
JAMES HOME

*Por el L.<sup>o</sup> Rafael DE ARJONA*



*DEDICATORIA:*

*A vosotros que, con tan  
afectuosa atención, escuchas-  
teis la primera lectura de esta  
obra, con todo cariño.*

*El Autor.*

1.

DE MIS RECUERDOS





Unas blancas y tentadoras cuartillas sobre la mesa, una estilográfica en la mano y un vivo deseo de fijar el recuerdo de tiempos pasados.

Así nació esta obra. No busquéis en ella otra cosa porque no la hay.

Afortunadamente para mí, lo que se cuenta ha acudido a mi memoria sin esfuerzo ni fatiga; el mayor lo ha motivado la necesidad de darle un orden y una claridad de que carecía en su atropellado brotar.

Ni merecía la pena, ni ha entrado en mi propósito verificarlo con ajeno testimonio, ni mucho menos, con rebusca de antecedentes en papeles, periódicos, archivos y bibliotecas.

Reconozco de antemano que, en lo contado, hay errores, lagunas y faltas de exactitud.

Ello, salvo honrosas excepciones que de antemano reconozco, ha sido sin propósito deliberado y no creo revista importancia alguna.

Mis personajes —amigos y compañeros de penas y fatigas— quieren ser personas de carne y hueso, con sus virtudes y sus defectos, que se movieron en un escenario provinciano, pobre de tramoya y escaso de re-

cursos, en el que cada cual vivió como pudo y no como quiso.

No he de negar que mis actores, en el paso de comedia que comienzo a hilvanar, corresponden a alguien que conocí.

Mas, para que nadie se moleste, he de reconocer paladinamente que en estas páginas no se retrata a nadie que viviera en aquellos tiempos.

Se recuerdan, citándolos por sus nombres o apodos, a cuantos tuvieron una actuación destacada y de cuya mención he considerado no se podía prescindir. Los más, insistió, son entes de razón y sólo tienen de históricos el estar en su mayoría adornados de sendos bigotes, unos, sin más aditamento capilar; otros, con luengas y en su mayoría descuidadas barbas, y algunos, muy pocos, con luengas y piramidales patillas, frecuentemente acariciadas y dándose bastante importancia al hacerlo.

Llevaban sobre sus cabezas, rasas de pelo o con pelambreras de siete meses, sombreros de paja de los llamados "canotiers" colocado hacia adelante para quitarse el sol; hacia atrás si se quería fresco, y ladeado graciosamente sobre una u otra mejilla si el que lo lleva presume de garboso.

Los que sin combatirlo, ni defenderlo, se pusieron el hongo y no pueden prescindir de él, cuando no quieren soportar su peso lo llevan en la mano o lo dejan en sitio propicio para su colocación.

Algunos, pocos, llevan sombreros de fieltro, de los llamados flojos, más o menos finos y de color muy cla-

ros o completamente negros. Son los que no entran por el hongo, ni admiten el "canotier".

Se calzan con borceguíes, botas enterizas o de botones, y los muy elegantes, con zapatos de tafete o de piel de Rusia.

Visten trajes de paño, más o menos grueso; pero de paño. Chaquetas cortas, chalecos muy cerrados y pantalones muy anchos, muy largos, sin dobleces, pero con rodilleras.

Todos llevan en la mano, colgado del brazo izquierdo o debajo del derecho a modo de pica, un bastón.

Para completar la comodidad de su indumentaria usan habitualmente unos altos cuellos y unos amplios puños postizos y almidonados.

Claro es que todo esto se refiere a la gente madura. En nuestro relato no se ha prescindido, ni podía prescindirse, de la juventud.

Ella es la que dió alegría y animación a las fiestas y la que realmente las vive.

La masa juvenil, aunque es de su tiempo, no se somete a patrón y no puede ser retratada en conjunto; son la renovación indispensable que se acomoda mal con los caducos sin ilusiones ni esperanzas y con el solo afán de renegar de todo lo que les ocasiona la menor molestia.

La acción acaece en una capital de provincia de tercera clase, concretamente Soria, en un año cualquiera del último tercio del siglo diecinueve.

En unos tiempos atrasados, sin gramófonos, radios, cines, ni cabarets, en los cuales, a pesar de ello, se vi-

vía, se bebía y *se gozaba la mar*, sobre todo en época de fiestas como la que pretendemos retratar.

Sin falsa modestia hemos de reconocer que nuestra torpe fotografía ha de resultar, bien lo sabemos, velada, desenfocada y, en más de una ocasión, deformada por los inhábiles retoques de nuestras manos pecadoras que, sin propósito ni intención previa, tienden a recargar los rasgos caricaturescos.

Y ahora, si bien te place, juzga por ti, que el exordio ha terminado.

2.

ANTECEDENTE OBLIGADO



## I

Nada sé, y muy poco creo se sabe, acerca del origen, historia y transformaciones de las Fiestas populares que, desde tiempo inmemorial, viene celebrando la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Soria.

Bien hayan los amigos de revolver papeles viejos, los dados a rebuscar en archivos y protocolos los más nimios detalles de nuestro pasado, si, con sus trabajos de investigación, logran conocer la historia de estos tradicionales festejos, cuyo origen y transformaciones se pierden en la oscura noche de los tiempos.

Por mi parte he de limitarme a recordar a los que las vivieron y a referir a los que de ellas no tienen noticia algunos antecedentes que considero indispensables para la debida inteligencia de mi cuento.

## II

Comienzan las Fiestas de San Juan, que también se llaman de la Madre de Dios, con la traída de los toros desde el Monte de Valonsadero, donde generalmente se compran, hasta la plaza de toros.

La Saca, así llamado, no sé porqué, al primero de los festejos, es fiesta movable. Tiene lugar todos los años de gracia, en los que la del Señor no nos abandone, el jueves de la semana siguiente al día en que nuestra Santa Madre la Iglesia celebra la festividad del Nacimiento de San Juan Bautista, o en ese preciso día, si cae en jueves.

Por eso se dice que lo más tarde que se puede celebrar la Saca es el día 30 de junio, *cuando San Juan cae en viernes.*

Los festejos no se interrumpen, mañana, tarde y noche, hasta el martes de la semana siguiente a la en que dieron comienzo.

### III

A los efectos exclusivos de las Fiestas, la ciudad se divide en dieciséis Cuadrillas.

Al frente de cada una, su Jurado, con bastón de borlas pero sin mando, y la Jurada, sin bastón pero con mando en plaza.

Los Jurados son designados, mediante ¿sorteo?, por el Excmo. Ayuntamiento en sesión pública y solemne.

Para el mejor desempeño de su cargo, cuentan con el auxilio, desinteresado y eficaz, del Secretario, los Cuatros, las Mozas y los Mozos.

El Secretario y los Cuatros son cargos vitalicios, con frecuencia hereditarios; tienen a su cargo el archivo y toda la parte burocrática y administrativa de la Cuadrilla, y son asesores inseparables del Jurado mientras duran las Fiestas.

Las mozas y los mozos contraen la obligación de tirar de la maroma del toro, en la mañana del Sábado Agés, y de prestar el mayor lustre y esplendor a todos los actos en que intervenga su Jurado.

Las Mozas de algunas Cuadrillas confeccionan, con todo primor, el cachirulo para su toro.

Colocado sobre el testuz de la res a que estaba destinado, los lidiadores se disputaban su posesión en noble emulación, y el que lograba su conquista lo depositaba a los pies de las damas que lo habían regalado, recibiendo de sus blancas manos espléndida propina y el aplauso entusiasta de toda la plaza.

Los mozos de las cuadrillas de rumbo adquirirían unos pares de banderillas de lujo, por cuya posesión, después de colocadas sobre el toro, habían de reñir en la plaza verdaderas batallas campales, terminadas, siempre, por honroso armisticio.

Eran, además, los encargados de proporcionar, no siempre por procedimientos lícitos y plausibles, las flores que habían de servir para el adorno de la Caldera.

El *Cata pan* y *Cata queso* se celebraba en el domicilio del Jurado un domingo del mes de mayo, y al probarlos se acordaba el día, forma y manera de comprar el toro.

Porque, en aquel entonces, cada Cuadrilla compraba su toro el día que le placía, excepto la de San Martín, de escaso vecindario, que adquiría un ternero, corrido por las intermediaciones del convento en que se alojó en vida Fray Gabriel Tellez, por los afortunados chiquillos de la ciudad, cuyos padres les permitían tamaña diversión.

Antes de entrar en el detalle de lo que pasaba en aquellos días, que ya no volverán, nos permitimos hacer una breve presentación de James Home y de los señores Martínez de Poveda, sus ilustres anfitriones.

3.

LOS SEÑORES DE MARTINEZ DE POVEDA

LOS SEÑORES DE MARTINEZ DE POVEDA

No estará de más, aunque sea redundancia, afirmar que los señores de Martínez de Poveda son producto exclusivo de mi imaginación.

Por serlo así, precisamente, y por su señalada intervención en la fábula, merecen que les dediquemos este breve espacio.

De rancio abolengo, de recia posición económica, de conducta clara y recta, son los últimos vástagos de un linaje, por desgracia, llamado a desaparecer.

Son tres hermanos, de los que destaca la mayor, doña María, alma y vida de la casa y de todas las reuniones religiosas y profanas que tienen lugar en la ciudad y en muchas leguas a la redonda.

Cabeza de familia, está en perpetuo ajeteo para atender a lo que considera ineludibles obligaciones.

Siempre dispuesta a colaborar, personalmente, en toda obra piadosa u honesta distracción.

Su bolsa, su mesa, sus trajes, sus cosas todas, son del que las necesita o dice le son precisas.

Ni los timos de que ha sido víctima ni el deterioro que sufriera lo prestado, ni su pérdida, la movían a cambiar de conducta.

—Me sobraré de todo—decía invariablemente—cuando se la recriminaba por la facilidad con que ponía lo suyo a disposición de cualquier pedigüeño.

Era grande en todo: en estatura, en volumen, en señorío, como una gran señora que era.

Don José, el mayor de los hermanos, era también alto y grueso, con hirsutos y largos pelos en bigote, barba y cejas.

Negro y renegrido por pasar la mayor parte de su vida a la intemperie, cazando, pescando o paseando a pie o a caballo.

De recia voz y de genio pronto y violento, en el fondo un pedazo de pan.

Gustaba de la broma y de la francachela y de echar una cana al aire de cuando en cuando.

Don Antonio, el benjamín de la casa, en contraste con sus hermanos, era menudo, nervioso y poco sufrido.

Un tanto quisquilloso y con puntas y ribetes de soberbio, sabía hacerse respetar, y en todas partes procuraba y conseguía ser el primero.

Duro, fuerte, aficionado al boxeo, presumía, con fundamento, de sus duros puños.

Cazaba, pescaba, montaba a caballo y gustaba poco de andar a pie.

Se iba de viaje con frecuencia y se pasaba los meses y los años Dios sabe donde.

Los dos hermanos reunían a sus contertulios en el despacho de su holgada casa solariega.

Tenía acceso esta habitación directamente desde la

calle y se amueblaba con una pequeña mesa de nogal con patas torneadas, un sillón con asiento de vaqueta, haciendo juego con ella, varias manoplas con armas de caza, una cabeza de toro con rejonés, banderillas, estoques y otros artefactos taurinos y una espléndida araña de doce luces en el centro de la habitación.

Por el invierno, un diván, dos butacas y varias sillas de nogal con tapicería de terciopelo.

Por el verano se sustituían estos muebles por un diván y varias mecedoras de bejuco.

Comunicando con dicha habitación, había otra amplia pieza, cerrada a piedra y lodo, que sólo se abría cuando había compromiso de enseñarla a personajes de muchas campanillas, lo que se conseguía después de laboriosas gestiones terminadas, satisfactoriamente, por la intervención de doña María.

Cuantos tuvieron ocasión de visitarla se hacían lenguas de la valiosa colección de lacas, sedas, armas, trajes y otra porción de objetos exóticos que en ella se conservaban, procedentes de los viajes a Filipinas y otros países del extremo Oriente realizados por los anteriores y actuales señores de Martínez de Poveda.



4.

JAMES HOME



## I

Reconozco, de buen grado, que James Home es un personaje imaginario y de importación, pero es cierto de toda certeza que, admirablemente representado, tuvo una breve y lucida intervención en vísperas de unas Fiestas de San Juan.

El señor que representó al mister, de no más que mediana estatura; blanca aunque atezada tez; pelo rojo, corto y ralo; ojos de un azul verdoso; nariz larga y holgada; concienzudamente afeitado, rara avis por aquel entonces; con unas pocas y características berrugas y, en aquella noche, con algún que otro chafarrinón por todo disfraz, y con una barra, una flema y una gracia que le hacían apto para llevar una broma hasta donde preciso fuera.

Estaba robustamente musculado, hecho concienzudamente comprobado al tacto por un conspicuo de la localidad, quien, después de bien convencido de ello, afirmó con tono campanudo y enfática entonación:

— ¡Qué musculatura tienen estos extranjeros! (1).

---

(1) Rigurosamente histórico.

Vestido de una traza bastante estrafalaria: faldellín a cuadros, pantalón corto, medias hasta las rodillas, chaqueta blanca y sombrero de jipi-japa, fué presentado a los socios del Casino de Numancia después de cenar, por personas tan respetables como don León, don Luis, don Patricio, Ardura y Fuenmayor como James Home, súbdito de S. G. M. la Reina de Inglaterra, con tierras y castillos en la verde Escocia, que había venido a Soria atraído por la fama de sus típicos festejos.

Hasta las altas horas de la madrugada permaneció rodeado de una lucida y nutrida corte de admiradores, que lo llevó de Ceca en Meca e hizo lo posible y hasta lo imposible para que el extranjero quedara encantado de nuestra proverbial hospitalidad.

Poco expresivo el inglés, sólo pronunció en toda la noche el monosílabo *Yes*, bastante espaciado, aunque nos consta, de ciencia cierta, que se quedó con ganas de ser más explícito.

Al despedirse aquella noche James se terminó la broma con la que no sólo se burló a modo, a quien se pretendía hacerlo, si no a los que, aun conociéndola, cayeron en ella.

Si se la llevaría bien.

## II

Y vamos con nuestro James Home. El posesivo está aplicado con toda propiedad. Este en nada se parece al de la broma de marras. Ni tiene la tez atezada, ni berrugas, ni tiznes.

El James de nuestra historia es:

Alto hasta la exageración.

Blanco hasta la nitidez.

Rubio como las candelas.

Soso hasta donde puede serlo un inglés.

Terco como una mula.

Amigo de la comodidad, de la buena mesa y de la suntuosidad.

Ha venido a nuestra ciudad ante las insistentes llamadas de los señores de Martínez de Poveda.

En lo que se asemeja al de marras es en lo estrambótico de su vestimenta: Trajes a cuadros príncipe de Gales, con pantalones hasta debajo de la rodilla, medias y zapatos.

Para montar a caballo usa camisas de seda blancas, con cuello abierto y mangas cortas, pantalones de hilo y media bota de charol.

Considera indispensable mudarse de traje tres veces al día cuando menos y le parece que no puede sentar bien una cena, si no se toma con traje de etiqueta.

Lleva en su equipaje una serie de trajes de chaquet de varios colores y otros negros con chalecos de fantasía y pantalones de corte.

Calzado de charol, de piel de Rusia, de anca de potro y de tafilete.

Sombreros de copa negros y de color, hongos con copa bombeada o plana, de color gris y negros.

Necesita un ayuda de cámara y una habitación a modo para colocación de la impedimenta de que se deja hecha mención.

Y nada más respecto al personaje y su equipaje.

### III

Llegó a nuestra ciudad el martes anterior al día de la Saca, por medios de locomoción desconocidos, con su ayuda de cámara y su soberbio equipaje, y se hospedó en casa de sus buenos amigos.

Al día siguiente almorzó copiosamente, hizo el debido honor a los buenos vinos que le fueron servidos, tomó café en Numancia, bebió unas copas de auténtico Martell en compañía de sus anfitriones y de los amigos de sus amigos, que pronto lo fueron suyos, y con los que pudo entenderse a fuerza de intervenciones de los señores de Martínez de Poveda que actuaron de intérpretes y porque, cuando ello no fué suficiente, se acudió al lenguaje universal que tiene, entre otras inapreciables ventajas, la de prestarse al *quid pro quo* que tanta gracia hace a las gentes sencillas y de buena fe como lo eran las nuestras. Además de la mesa del Mister había otras en el Casino ocupadas por socios entretenidos con el honesto esparcimiento de jugarse unas pesetillas al vulgar tute, al elegante tresillo o al tabernario mus.

Sería pueril negar que las voces, risas y algazara de la peña de los señores de Poveda tenían inquietos y distraídos a los jugadores y con, mal disimuladas, ganas de tomar parte en ella.

Por otra parte, la casi completa desaparición del mirón, elemento indispensable en toda partida bien organizada, desasosegaba a los puntos, que no sabían

qué hacerse sin el insustituible señor sentado en la esquina de la mesa *para traer la negra*.

Hasta la hora del véspero se comentó de todo lo humano y lo divino.

Les tocó en suerte hablar de las compras de los toros realizadas pocos días antes.

Se elogió, no tanto como se merecía, la esplendidez de don Crisanto, Jurado de San Clemente, acaudalado propietario, con la cabeza rasa como bola de billar, un enorme bigote castelarino, varias sobrebarbas y una enorme barriga. Hombre afable y divertido que había llevado a la compra más de treinta coches y no contento con haber dado de merendar opíparamente a más de un centenar de invitados, había organizado una verbena en la Plaza del Vergel, con su organillo y sus organilleros, traídos expresamente de Madrid.

Como contraste, se rajó, se derribó y se puso cual no digan dueñas, al Jurado de La Blanca, el berrugo del Tío Carrato, alto, sarmentoso, cetrino, aficionado a la bebida y dado a la usura, quien se fué a la compra sin más compañía que la inevitable de los Cuatro, a los que obsequió con una mala tortilla de patatas, un pan duro y una buena bota de vino al que se hizo el debido honor.

Don Cristóbal, sesudo y poco amable confitero de la plaza, tronó y protestó de todo y contra todos. Llevó la contraria a cuanto se dijo, y para defender al Tío Carrato se indignó contra don Diego, allí presente, modestísimo rentista y hombre de alguna edad que había buscado un alquilón para que desempeñara, por él, el cargo de Jurado.

—¡A eso no hay derecho! ¡Eso no es sorianismo!

—De acuerdo, don Cristóbal. (*Don Cleto, cotidiano contertulio de la mesa.*)

—Pero, señores, yo entiendo... (*Don Rufino, otro contertulio.*)

—Tú no entiendes nada de nada. (*Don Cristóbal.*)

—Pero yo, señores, entiendo... (*Otra vez don Rufino.*)

Dos Cristóbal hace violentos ademanes para interrumpirle.

No lo consiente hacerlo don José Martínez de Poveda, quien dice:

—Pero señores, un poco de calma. Nuestro buen amigo don Diego, ni por sus condiciones personales, ni...

—Y, además, está en su derecho. (*Don Antonio Martínez de Poveda.*)

—¿No me dejan hablar? (*Don Cristóbal.*)

—Exacto; no le dejamos hablar. (*Don Cleto.*)

—Pues aunque no me dejen he de decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. (*Don Cristóbal.*)

—Como siempre. (*Don Cleto.*)

—Eso es una impertinencia que no estoy dispuesto a tolerar. (*Don Cristóbal.*)

—Calma, señores, calma, y dejen hablar a don Cristóbal—suplica don José Martínez Poveda, a quien divertían sobremanera estas discusiones.

—Bueno, continúo. Tanto hablar de sorianismo y mañana, sí señores, mañana mismo, su señora herma-

na, señores de Martínez de Poveda, no bien hayan terminado de almorzar, manda enganchar las jacas y a casita. (*Don Cristóbal.*)

—Pero es que a mi hermana le gusta la mar ver el desfile de la Saca y quiere y puede hacerlo. (*Don Antonio Martínez de Poveda, bastante mosca.*)

—Bien; pero satisfacer ese capricho no es sorianismo precisamente; hay que morir al palo y venir del monte con todos, pues no faltaba más, y eso que ustedes, mis buenos amigos, van a la Saca. Pero ¿qué me dicen ustedes? No se callen, hablen. (*Don Cristóbal.*)

—¿Cómo vamos a hablar si usted se lo dice todo? (*Don Cleto.*)

—Hablo porque ustedes me obligan. Siempre mudos como estatuas. ¿Les parece a ustedes que son sorianos de cepa, como deberían serlo, esos señorones que llegan a Valonsadero, con sus hermosos coches, sobre las once de la mañana y sin apearse del carruaje, sin apenas dejarse ver, dan una vueltecita por lo más llano, saludando de paso a los más íntimos, y vuelta a la capital para ver la entrada de los que dejaron en el campo? Eso es inconcebible, sí señores, ¡inconcebible! (*Don Cristóbal bebe, al decir esto, su enésima copa de coñac.*)

Y así hubiera continuado, de fijo, a no ser porque la mesa, después de cuatro horas largas de sesión, la dió por terminada.

Mister James y acompañamiento —salvo la desaparición de unos cuantos, pocos y mal avenidos, entre los que se contaba don Cristóbal— encaminaron sus pasos

a la plaza de Herradores, por aquellas horas *muy cumplida* de todo género de animales de cuatro patas, aptos para ser montados, que en compañía de sus dueños respectivos esperaban el momento de pasar de un modo temporal y transitorio a poder de otros señores.

Como quiera que los del Casino, en su mayoría, eran plazas montadas (quiere decirse que tenían caballería propia) su intervención en los ajustes de caballos, mulos y asnos, pues de todo había en el ferial, había de limitarse a la amena y divertida ocupación de reirse a modo del desgraciado que iba en busca de montura.

5.

EN BUSCA DE ARRE



I

La calzada de la espaciosa Plaza de Herradores ofrecía, en las últimas horas de la tarde del día anterior al de la Saca, un aspecto raro, original, pintoresco.

Luciendo sus trajes típicos, se encontraban allí hombres y mujeres de Golayo, Carbonera, Toledillo y otros lugares próximos a la capital. Ambos vestidos de paño pardo. Con sus jubones, sus faldas cortas, sus medias desvaídas por el uso y unos pañuelos, en muy mediano estado, sobre la cabeza y sobre los hombros, las hembras. Chaquetas cortas, pantalones hasta la rodilla, fajas y medias que en su día fueron azules, zapatos de burda y tosca piel y sus característicos sombreros, color ala de mosca, los varones.

Cada uno tiene a su cuidado una o varias caballerías, bien seguros de alquilarlas.

Entre ellos pululaban los que habían ido *en busca de su avío* y los que eran sólo meros espectadores.

Al ruido que hacían con patas y bocas los semovientes —pobres jamelgos, matalones machos, desmedra-

dos asnos— se unía el promovido por sus alquiladores con sus voces destempladas y el que hacían los chicos y chacos de la ciudad gritando sin cesar, al propio tiempo que se movían sin orden ni concierto, buscando o fingiendo buscar una caballería.

Si a ésto se añade que los grandullones de la gandulfa ciudadana chillaban como energúmenos, disputaban como fieras y corrían de un lado para otro, interrumpiendo tratos, molestando y faltando a troche y moche, bien se comprende que armaban entre todos el más horrisono de los estruendos y la más desenfundada barahunda que puede imaginarse.

Si el ruido era ensordecedor, el movimiento era incesante.

Cada trato, real o fingido, iba seguido de la prueba de la caballería en vías de contratación, y como éstas eran muchas, el entrar y el salir en la plaza para realizarlas —ya que se efectuaban fuera de ella— era incesante y difícil, aun cuando se utilizasen los accesos autorizados y los prohibidos en normales circunstancias.

## II

Al llegar a la plaza los del Casino, dieron con su contertulio don Rufino —grande, magro, robusto y magnífico ejemplar de la especie humana— quien en compañía de Rufinito —digna miniatura de su progenitor— estaba a caza de un pollino y de un espolique que llevaran el niño a la Saca.

No era fácil empresa conseguirlo.

Los asnos, por su reconocida mansedumbre, gozaban de merecida preferencia para casos análogos, y ello motivaba un increíble encarecimiento de la mercancía.

—¡Cuarenta reales un burro! Que escándalo. ¿No es verdad, señores?—clamaba iracundo don Rufino.

El chico trataba de encaramarse al rucio que tenía delante con la oposición del autor de sus días, en modo alguno dispuesto a pagar al tío Quico de Martialay con el que a la sazón estaba en trato, ni a ningún otro, dos duros, el vino y la costa en que tasaba el alquiler de su caballería.

Nuestro ya conocido don Cleto que venía con los del Casino, acreditado comerciante de la rama del metal, más celoso de su buen crédito como organizador de bromas, tretas y burlas que del de su acreditada firma comercial, terció en el trato.

—¡Pero si es de balde, don Rufino! El pollino es una alhaja que no hay más que pedir, aunque sus aparejos bajen algo.

Además, el tío Quico, ¿dónde encontrará usted otro que con él pueda compararse?—afirmaba muy formal don Cleto—. Más que un padre ha de cuidar a Rufinito, ¿no es verdad, tío Quico?—prosiguió.

—Soy capaz de no dar más que un tientecico a la bota en toa la mañana, pa no perder la caeza y cuidar bien del crío. (*El tío Quico.*)

—Ya lo sé y, además, que en tocante a merienda no has de ser exigente. (*Don Cleto.*)

La mirada que al oír esto dirigió el tío Quico a don Cleto, no tuvo nada de acariciadora; mas, zorro viejo,

pronto disimuló la molestia y con la más amable de sus sonrisas, asintió:

—¡Claro, hombre, claro! Conforme, hombre, conforme. Nosotros *estemos* hechos a to y que se nos dé un poco más o un poco menos no se nos importa.

Al cabo de un no corto rato de discusión, coaccionado don Rufino por unos y por otros, ya que *a la fin* todos intervinieron en la porfía, y vencido por las súplicas de Rufinito (un sobresaliente en Psicología, con don Antonio, como decía su mamá) papá Rufino se avino a soltar los cuarenta reales, más los aditamentos de rigor, siempre que el resultado de la prueba fuera satisfactorio.

### III

No se había ultimado el trato y ya estaba Rufinito sobre su montura.

El tío Quico tiraba del ramal y el chico, como si en su vida hubiera hecho otra cosa, pleno de tranquilidad y confianza, llegó hasta la puerta de la Dehesa rodeado de una tropa de pilluelos entre los que figuraban algunos de sus compañeros de Instituto.

Ningún rey se había sentido más orgulloso sobre su trono, ni se había sentido más seguro en él que nuestro héroe sobre su pollino; ni padre alguno había estado más satisfecho de su descendiente que don Rufino al verlo trasponer airoso y complacido la plaza de Herra-dores.

Mas apenas terminada la calle del Postigo y entrando en la carretera de Burgos, el borrico, hostigado por

el enjambre de mastuerzos que le rodeaba, dejó el tranquilo paso que llevaba y rompió en un insoportable trote cochinerero.

Rufinito comenzó a dar saltos sobre su jumento cada vez más altos y descompasados, a poco comenzó a sentir bascas, mareos y un fundado temor de dar con su maltrecho cuerpo en tierra. Para evitarlo se agarró con todas sus fuerzas a los endebles aparejos, más propicios a partirse en trozos que a servirle de sostén.

Los amigos que seguían rodeando al pollino, sin dejar de hostigarle un momento, decían a Rufinito:

—¡ Suéltale el ramal!

Bueno estaba para él para soltar nada; mas sin que su voluntad interviniera, al querer agarrarse con más bríos el aparejo, soltó el ramal, y en cuanto el animal se vió libre rompió en un cuatro pies que dejó turulato al tío Quico, quien, por primera vez en su vida, perdió de vista a su caballería al trasponer ésta la cuesta de la carretera que arranca de casa del señor Nicanor y permitió a nuestro équite reponerse, tranquilizarse y volver a ser dueño de sí mismo y de su cabalgadura.

Presto volvieron a la plaza los de la prueba y dándola por buena, se cerró el trato.

#### IV

La busca y captura del arre, cada vez más difícil, se realizaba con una actividad febril.

Los cambios de situación de cuantos se encontraban en la feria, eran incesantes.

Había que dejar paso a los que salían y a los que entraban.

El que necesitaba un ¡arre! lo buscaba a toda costa, sin reparar a quien molestaba, ni al que atropellaba al hacerlo.

Nuestro Mister rodeado de sus amigos, parecía como embobado y medio lelo en medio de aquella, cada vez más revuelta, muchedumbre.

Los señores de Martínez de Poveda, estaban un tanto mustios y cariacontecidos. De un lado, su huésped no estaba causando la impresión por ellos esperada, y de otro, éste pasaba del pálido habitual de su rostro, al rojo encendido, con una frecuencia y una rapidez que hacía presumir, sin temor a equivocarse, que aquel movido espectáculo, tan del agrado de los indígenas, estaba muy a punto de dar al traste con la tradicional flema británica.

El sol, al ponerse, puso fin de un modo definitivo y categórico al alquiler de las bestias y movió a nuestros amigos a trasladarse al próximo paseo de la Dehesa.

—¡Ah! ¡Ah!—dijo con tono admirativo James a poco de entrar en ella.

6.

LA SACA

LA SAGA

Antes de rayar el alba de un claro amanecer del mes de junio, la vieja capital despierta, en un abrir y cerrar de ojos, entre ruido de puertas que se abren, jubiloso retozar de caballerías y gritos impacientes y un tanto desabridos de las amas de casa que piden les saquen rápidamente lo que tenían preparado y a punto, para llevarlo al monte.

También se oyen, con insistencia, lamentaciones acompañadas de tal cual taco, de quienes opinan se va haciendo tarde y se pierde demasiado tiempo en preparativos.

Lista la impedimenta, a montar en el jamelgo que nos cupo en suerte o a subir en el carruaje de nuestro acomodo.

La comodidad no ha de ser extremada. El sitio es reducido y muchos los que han de ocuparlo.

Lo de "dos burros en un asno" se da, ¿cómo no?, en este día. Los padres poco pudientes y cargados de familia, utilizan un pollino para cada dos de sus peques y, por otra parte, al regreso raro es el espolique que no logra venir a ancas del asno que alquiló.

Jinetes, realmente lo que se dice jinetes, van pocos. Son muchos los que, con sólo rudimentarias nociones del arte de montar a caballo, dominan su montura y hacen, de ella, lo que quieren.

En bastantes casos: por haber perdido el control de sus actos y haber llegado a un estado lastimoso de inconsciencia, por disponer sólo de un mal ramal para dominar a su cabalgadura, por no tener la más liviana idea de lo que es sostenerse a caballo o por otras muchas y diversas causas que sería prolijo enumerar, las caballerías mandan.

De unos y otros van tantos que yo os fío que en el año de nuestro cuento, más de un millar, quizá varios millares de caballerías, con mejor o peor monta, salieron de las cuadras de la ciudad y de las de varias leguas a la redonda, hacia Valonsadero.

Los coches de los señores, tirados por hermosos troncos. Algunos llevados, casi al vuelo, por briosa jaca.

Los vehículos de los mediantiles arrastrados por animales de menos precio. Unos y otros adornados con flores, cintas, madroños y cascabeles, que no se podía pedir nada mejor, ni de más gusto.

Y carros, carros, muchos carros, con verde ramaje a guisa de toldo que no sirve para quitar el sol, y deja ver a los que van en él sentados en bancos o en sillas, aunque los más optaban, de buen grado, por ir de pie cantando y bailando.

Eso sí, bien pretecitos, como por aquí se dice, todos.

## II

Ya en la carretera, los madrugadores hacen despacito la jornada.

Los más siguen tan cuerdo ejemplo. Algunos, y sobre todo los que salieron los últimos, procuran y consiguen llegar los primeros.

El paso de Juanito, con su jaca torda, el de Pedrito, con su mulo romo y el de Rufinito con su pollino, suscitan comentarios de envidia, burla o simpatía.

—¡Que viene James Home!—fué el grito reiterado que, con gran complacencia de los señores de Martínez de Poveda, se daba al pasar su cesta tirada por cuatro briosas jacas enjaezadas a la andaluza. En ella iba doña María con sus dos amigas más íntimas.

Las daban escolta don José y don Antonio, con sus sillas vaqueras, sus anchos sombreros, sus zahones y sus picas, y en medio de ellos James, con su blanco traje de montar y una elegante fusta en la mano.

El carro, que todavía no se había quedado rezagado, los seguía con las criadas, la merienda y una copiosa impedimenta.

Nuestro inglés, ante el movido y pintoresco espectáculo, no intentaba disimular la grata satisfacción que le causaba.

## III

A poco, la llegada al monte, el salir de la polvorienta carretera, el pisar sobre mullida alfombra, el hablar

con guardas, cabañeros y casinos, para ver de averiguar dónde se encontraba el toro de la Cuadrilla que habíamos de conducir a la “Vega de San Millán”.

Cual más cual menos, raro era en nuestro grupo quien no había estado ya en la fiesta y sabía de sobra lo que tenía que hacer en ella.

Encontrar y conducir nuestro bicho al sitio designado era, al par, un deber y una diversión.

Una vez que se dió con la res que corría a nuestro cargo, lo que se logró pronto, pues casinos y cabañeros conocían de sobra su querencia, no nos fué difícil conducirlo a su destino, aunque parezca mentira si se considera éramos gente nueva en estas lides y que la realizábamos, además, sin apenas ayuda de mansos ni cabestros. ¡A la buena de Dios! y ¡por las buenas!

Las buenas fueron tal cual puyazo y algún palo o pedrada, de cuyos malos tratos se vengó el berrendo de “El Rosel” —a nuestro cargo— zarandeando una jaca hasta dar con ella y con su jinete en tierra, sin mayores consecuencias para ambos que el porrazo que no fué flojo.

A fuerza de carreras y sin mayores daños que los nuestros, todas las colleras —llamémoslas así— llevamos los astados a la Vega.

#### IV

Las carreras tras el berrendo, los saltos, los resbalones y las vueltas rápidas para evitar un obstáculo o continuar la persecución de la res cuando cambiaba de dirección, destrozaron de tal manera a James que

cuando arribó a la mesa en que iba a ser comensal de honor apenas sabía quién era.

Sacando fuerzas de flaqueza, saludó ceremonioso a las damas e hizo coro a sus amigos cuando se hacían lenguas de lo bien que lo habían pasado, después se dejó caer desplomado en la silla.

Unas cañas de manzanilla, fresquísima, con sus tapas correspondientes, le fueron entonando y, al cabo de unas cuantas, recobró su apagada personalidad y un buen ánimo para hacer, como lo hizo, el debido honor al almuerzo.

Poca gracia le hizo cuando, terminado éste, le trajeran su montura y tuvo que subir a ella para, con don José y don Antonio, ir a tomar el arranque (1).

No fué fácil la subida de la cuesta, pues las caballerías resbalaban más de la cuenta y en más de una ocasión se vieron en riesgo de caer.

Tomada la copa y estrechada la mano de las autoridades, otra vez a tomar la cuestecita para ir a cobijarse en las sombras de la pradera.

## V

Una vez reunido el ganado, el almuerzo, al sol o a la sombra, según caía.

Tortillas de jamón, de chorizo, de escabeche y de patatas; buenas lonchas de merluza, sabrosas truchas, exquisitos langostinos, lomo en aceite, caza escabechada, pollos y corderos asados, rica ternera o sabrosas

---

(1) Así se llama al acto de llegarse a la mesa de las autoridades, para tomar unas copas de licor y un cigarro puro antes de ir por la torada, para traerla a Soria.

paellas, condimentadas al aire libre, en las que había de todo y para que nada las faltase se enriquecieron con tal cual langosta de las que pululaban por doquier, constituían, convenientemente distribuídas, los menús, adicionados con postres, entremeses, vinos, licores y café.

Todo ello regado larga, espaciada, copiosamente y sazonado con una conversación un poco tumultuaria, ya que todos los que disfrutaban del ágape tenían algo que decir y querían contarlo al propio tiempo que los demás. Bromas, risas y derroche de ingenio y buen humor.

El buen aderezo de las viandas lo mejoraba un excelente apetito, avivado por el airecillo serrano y por el ejercicio realizado corriendo a caballo o a pie, bailando o saltando por cuevas y vericuetos, según los gustos y posibilidades de cada cual.

Terminado el yantar, las visitas de mesa en mesa y de corro en corro, sin dejar de hacerlo a la de las autoridades, y después cada mochuelo a su olivo. Y como los olivos —léase vehículos— no habían aumentado y la gente a colocarse sí, ya que además de los que vinieron están los que llegaron a pie, y como todos eran amigos, y como no era cosa de dejarlos en el monte, se les hacía un hueco y todos contentos y colocados.

## VI

Levantados los manteles, se pusieron en las cestas los utensilios que se habían traído. Las cosas de comer se consumieron todas aun cuando su provisión había sido desmedida.

Para acabar con ellas no faltaron los consabidos gorrones, los inevitables convidados, y, si algo quedó, hubo pobres que dieron buena cuenta de ello.

Una vez cargados los coches hasta la baca y los carros hasta las varas, se pusieron en marcha, monte arriba, entre gritos, vítores y chistes, más o menos graciosos pero reídos y celebrados como si lo fueran.

Los garrochistas, alrededor del ganado, esperando la orden de marcha que no podía darse hasta que una vez libre de vehículos el monte, dieran fin las solemnes y detenidas consultas del señor presidente de la Comisión de festejos del M. I. con cabañeros, guardas y casinos.

Desde su caballo, contemplaba nuestro huesped como iban por la pradera, en dirección a la carretera que dividía el monte y conducía a la capital, carros, tartanas, coches públicos y particulares de todas formas y colores y en muy diverso estado de conservación.

Allí se veían el "milord" y la carretela impecables, con llantas de goma —último grito de la moda—, las jardineras desvencijadas, y los familiares maltrechos, que chirriaban desesperados porque con tan poca caridad se les hubiera sacado a la vergüenza pública.

Carros y carricoches, cuantos divisaba, a todo meter en competida carrera de obstáculos, pues no pocos ofrecían, hasta la llegada a la carretera, los baches, las raíces, las toconas y las piedras que a cada paso surgían en la pradera.

Como las consultas se prolongaban y el campo había quedado sin nadie, James, ajeno a la discusión, volvió la vista al escenario de sus hazañas matutinas y, con

tanta sorpresa como admiración, notó que las llanuras eran ahora más grandes, las cuerdas más altas y todo de un más rico y maravilloso colorido.

La hierba, calcinada por el sol, se presentaba como una mancha continua en la que predominaba un amarillo oro viejo con manchas de ocre y de diversa variedad de sepias y, muy de tarde en tarde, unos toques verdes, anunciadores de una fuente, un arroyuelo o un trampal.

Caprichosas combinaciones de matas de espino, de escaramujos, de endrinas y zarzamoras, en plena floración, alegraban la vista y animaban el paisaje.

Copudos y espaciados robles daban muestra de vida sobre un campo que parecía privado de ella.

Los gamones, en grupos dispersos, con sus hojas caídas sobre el erguido tronco, su iniciada floración y su color verde lechoso, le parecían espigados nardos de espléndido jardín.

La cuerda del Gorrión allí cerca, las de la Saca más lejanas y las demás que divisaba, recortaban el praderío y ofrecían a la vista la variedad de sus tonos grises, lo brillante de sus cimas bañadas por el sol, y las coloraciones de un verde desvaído de las retamas y del vivo amarillear de las aliagas que entre sus piedras crecían,

Por otra parte, los ganados, al ver libres los sitios de su predilección volvían a ellos con el alegre encanto de quien recobra lo que juzgó perdido y con la bella vivacidad de los animales en plena libertad, de que carecen los sometidos a servidumbre.

## VII

La carrera continuaba, cada vez más vertiginosa, al tomar la carretera, al subir Las Estiradas, al pasar la caseta de camineros, con ansias insatisfechas de correr, de correr y de correr bajo un cielo sin una nube, sin un asomo de brisa y entre ráfagas de polvo, que mancha, ciega y quema.

Los que iban delante no siempre hacían uso de buenas artes: correr más para impedir que les pasaran los que anhelaban y contaban con medios para lograrlo.

La concurrencia no cesaba de cantar, gritar, dar vivas al Jurado, a la Jurada, a los Cuatro, a las mozos, a las mozas y a la Unión, y aún les quedaba bríos y humor para aplaudir con entusiasmo al paso de las autoridades, personas de calidad y chicas de postín.

Cuando los últimos vehículos de la recua carreteril hubieron llegado cerca de la caseta de camineros, y los primeros coches estaban en "La Verguilla", fué dada a los jinetes la esperada orden de arranque.

## VIII

Los encargados de conducir el ganado lo rodean y emprenden la marcha; entre ellos va míster James, con una larga vara de espino, regalo del tío Plácido, más tieso que un huso y más satisfecho que si hubiera dado muerte a un león en el Sahara.

A paso mesurado se siguió, pradera arriba, hasta llegar a la carretera y, después de cruzarla, a paso más rápido hasta "La Verguilla".

Al otro lado de ella en las proximidades del Caserío, estaban los que habían ido en vehículos, apeados de los mismos y formando compacto grupo.

El ganado vuelve a pasar la carretera y, a buen paso, cruza por delante de los que lo estaban esperando.

El afán de jolgorio y la inconsciencia de algunos de los de a pie hace que se llame la atención de las reses con voces y ademanes, hasta que consiguen que algunas de ellas rompan el cerco y se escapen, tomando la rápida cuesta abajo del monte y poniéndose, prestamente, fuera del alcance de los que, inútilmente, las persiguen.

Al desmandarse la torada se produjo el barullo, carreras y confusión consiguientes, con precipitada subida a coches y carros.

Mas lo cierto es que si hubo pánico, que sí lo hubo, se disimuló lo mejor que se pudo.

Recogido el resto del ganado, merced a la inteligente intervención de casinos y cabañeros, tanto de a caballo como de a pie, siguió la caravana sin más tropiezos hasta Santa Bárbara.

En la pradera, al lado de la ermita, cerca de las tapias de las cerradas y en las proximidades de la plaza de toros, había una porción de gente esperando a los toros.

Todo fué bien hasta que se llegó a los corrales y se pretendió encerrarles. Entonces, sin que se pueda determinar la causa, otra vez se desmandaron las reses con nueva disminución de los que entran en la plaza.

Ello motivó que la gente corriera, asustada, por el

Campo de la Verdad, y permitió a los que no se habían cansado de acosar al ganado continuar haciéndolo.

## IX

Quiso la buena suerte del míster que al llegar a "La Verguilla" divisaran el coche de doña María, que ocupaba el primer lugar para venir a Soria, de los que llenaban la carretera.

La señora se dió perfecta y prontamente cuenta de lo cansado que venía su huesped y, con toda diplomacia, le invitó a venir con ella en su coche por ser más interesante —y realmente lo era— presenciar la entrada de la Saca que continuar con el ganado.

La dificultad de colocación y traída de la jaca de James se resolvió mediante un trueque de puestos.

El cochero de los Poveda pasó a serlo de las autoridades; Juanito, el dueño y conductor del coche oficial se hizo cargo —con gran contentamiento— de la jaca del Míster y éste pasó a llevar las jacas de sus anfitriones.

Cambio de la fusta por la pica y entrega de las espuelas al nuevo jinete.

Como había prisa por llegar, y James era un excelente cochero, en un vuelo se estuvo frente a la casa solariega de nuestros amigos.

Entre la estupefacción general, Home se bajó del pescante y bien pronto uno de los criados de la casa se hizo cargo de las jacas hasta que llegara el "Limón" que estaba encerrando la berlina de don Paco, y nada más llegar subió al pescante y encerró las jacas.

---

El mayordomo, fiel cumplidor de sus obligaciones, tenía preparado el baño de su señor y cuidó de ponerle un traje de playa, único que tenía con pantalones largos.

El baño no proporcionaba en la ocasión presente la frescura apetecida. En el cuerpo, y al principio en la cara, todo fué bien; pero una vez en el balcón su cabeza era una brasa y las partes de brazos y cuello que habían estado al descubierto, también.

## X

Los de los coches, antes de abandonar Valonsadero engrasaron sus gaznates con el dulce zumo de las botas que circulaban sin cesar de mano en mano y de boca en boca, entre unos angustiosos gritos de ¡a mí!, ¡a mí!, proferidos por los que ni se saciaban de beber, ni lograban refrescar el paladar por muy prolongadas y continuas que fueran las libaciones.

Los coches de las autoridades inician la marcha, carretera adelante y los demás los siguen con más bríos que antes, si ello fuera posible, hasta llegar al filo del mediodía a las puertas de paseo de la Dehesa.

Allí una parada para organizar la comitiva y esperar a los retrasados y una vez tirado el cohete, señal de partida, con los coches de las autoridades en cabeza, todos a buen paso, con mejor ánimo y con gran estruendo, pues el que no hace ruido no se divierte, Collado adelante hasta la plaza Mayor.

Bueno fuera poder reproducir los comentarios que

motiva el paso de la cochada, pero cualquiera los recuerda.

—Que papalina trae Fulano.

—Como sudan las jacas de Mengano.

—Los más animados, los de la Escolar.

—Cómo podrán moverse los de ese carro.

—Vaya chicas guapas las de LA MAYOR.

Todos llegan a la plaza con un poco de sentimiento, porque se ve próximo el fin de la juerga.

Llena la plaza, carretera y calles colindantes, es preciso apretarse para dejar sitio a los jinetes.

## XI

¡Los caballos! ¡Los caballos!

Desde la esquina de la calle del Ferial hasta la Plaza se repite el grito. Es una explosión de alegría y de satisfacción que estalla. Los chicos la manifiestan con la voz, con el gesto, con el alegre palmoteo y con rápidos y vivaces movimientos de pies y brazos.

Los mayores, más comedidos, pero no menos emocionados, con aplausos, saludos y alegres ademanes.

Todos inclinando el cuerpo hacia adelante y estirando los pescuezos cuanto pueden para verlos cuanto antes.

Por fin, se divisa la fanfarria. La simpática y alegre fanfarria de los jinetes que se contagia a las caballerías y hace que desfilen airoso, con gallarda elevación de manos y graciosos movimientos de grupas, hasta los más pobres jamelgos.

Fanfarria que se extiende a los mulos que caracolean y bracean cual los corceles y que llega a contagiar a los

tristes y sufridos asnos que también chospean vivos y animados.

Los garrochistas con la pica al hombro, arrastrándola negligentemente o *irmándola* en el suelo para apoyarse en ella y facilitar al caballo, casi libre del peso de su jinete, que haga unas cuantas cabriolas, se vaya a la empinada y pida campo libre con alegres relinchos a los que le impiden lucir su brío, como quisiera.

Las parejas de casados que vienen año tras año a la fiesta, se exceden en hacer brillantes filigranas, en las que no se sabe quién está mejor de los dos.

Los matrimonios jóvenes en sus caballerías, con sus aparejos redondos, entran como diciendo: "Aquí estamos nosotros" y efectivamente *están que mondan*; ellas, esbeltas, serenas y satisfechas; ellos, orgullosos del jaco que montan y de la compañera que les agarra por la cintura, como diciéndoles: "Ya no te suelto amiguito."

Pensando en el lucimiento, más que en la rapidez, la bajada de los caballos desde la plaza de toros a la de la Constitución fué bastante comedida, y merced, además, a los esfuerzos hechos para conseguirlo por los señores de la Comisión y amigos que les acompañaban, entre los que se encontraban los nuestros.

Los serenos y alguaciles que cubrían el trayecto, también hicieron lo suyo para evitar demasías.

Juntos carruajes y équites, los numerosos escuadrones de éstos y la nutrida concurrencia de aquéllos, subieron el Collado a paso de carga, en revuelta confusión, para volver a la plaza en igual forma.

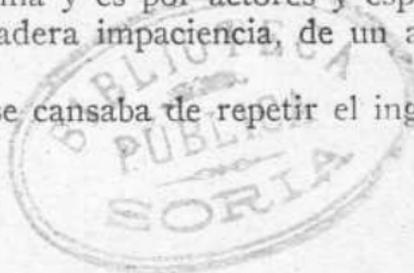
Los carruajes se van retirando de la liza y los jinetes vuelven a subir y a bajar una y otra vez, al galope

tendido, que logran sostener a taconazos y golpes de ramal, lo que requiere violentos y continuos movimientos de brazos y piernas, que les hace parecer aspas de molino accionado por el más violento de los huracanes.

Al chocar las herraduras con el duro adoquín, saltan chispas. En el pulimentado pavimento las caballerías resbalan y más de una cae; en la caída, la acompañan él o los que la montan, y con ellos tropiezan los que vienen detrás y también besan el suelo. Al ver aquel confuso montón de personas y caballerías y darse cuenta de que los demás no paran y ni siquiera disminuyen la marcha al pasar a su lado, los que como nuestro James por primera vez presencian aquello, echándose las manos a la cabeza, cierran los ojos para no contemplar la espantosa tragedia que presienten; mas al abrirlos a poco, por poder más la curiosidad que el horror, en vez de ver trozos sangrantes, entrañas palpitantes, cráneos y piernas deshechos, contemplan con tanto júbilo como estupefacción que jinetes y caballerías se están levantando sin haber sufrido el menor daño y, sin abrigar el menor temor ellas y ellos, vuelven a la carga como si nada hubiera ocurrido.

El público, desde mucho antes de las doce, cubre la carrera en toda su integridad. En verdaderos racimos humanos llena balcones, ventanas, árboles, farolas y todo hueco o artefacto desde el que puedan contemplar un festejo que les entusiasma y es por actores y espectadores esperado con verdadera impaciencia, de un año para otro.

—¡Esto es único!—no se cansaba de repetir el inglés entusiasmado.





7.

EN EL CASINO



Existen en nuestra ciudad dos Círculos de recreo, ambos de rancio abolengo, acogedores y simpáticos; pero Casino, lo que se dice Casino, lo es sólo el de Numanzia, no faltaba más.

El otro el popular Círculo de la Amistad, o la Amistad, sencillamente, es una tertulia numerosa de la que no se excluye a nadie.

Sus amplias puertas abiertas de par en par cuando el tiempo lo permite, invitan a entrar en sus salones a cuantos pasan por delante de ellas.

La Amistad tiene centenares de socios; pero allí se entra aunque no se tenga derecho a hacerlo.

El conserje, Blasito, cuando la cosa se pone seria, invita, con su especial manera de hablar, a hacerse socios a los que abusan más de la cuenta.

—¡Mira, chico, que me estás comprometiendo!

Y para evitar el compromiso y como el dispendio es pasadero, cinco reales al mes, nos hacemos socios y quedamos como unos caballeros y el conserje complacido.

La Amistad hace honor a su emblema: “Dos manos que se estrechan” y para bien suyo y nuestro, no tiene, ni quiere tener, el empaque del Casino de arriba.

Los dos están instalados en el mismo edificio, muchos sorianos somos socios de los dos, y ambos colocan sillas durante el verano, delante de su fachada, dentro y fuera de los soportales del Collado.

La entrada de la Saca la presencian unos y otros, desde dichas sillas y los de Numancia, además, desde su balcón amplio y corrido.

Bueno será decir que dicho balcón da al salón principal y que éste estaba decorado con unas discretas pinturas representando las estaciones del año y motivos de monumentos arquitectónicos de la ciudad.

Arrimados a las paredes, unos divanes de rojo terciopelo; delante de ellos, mesas de mármol sobre patas de hierro; bastantes sillas y unos cómodos butacones con la misma tapicería que los divanes.

Unos espejos y un reloj, con varios aparatos de luz, completan su mobiliario.

## II

Apenas ha desfilado el último rocín, los del balcón entran en el salón para esperar a los que vuelven de la Saca, iniciar un pequeño baile y comentar los incidentes ocurridos.

—Se les han vuelto cinco toros—dice nuestro ya conocido don Cleto.

—¡Qué torpes!—afirma don Roque, siempre descontento y críticón.

—¡Esos casinos!—apunta sentencioso don Diego.

—A don Máximo lo ha tenido que traer en su coche, la de Martínez de Póveda—cuenta don Domingo, excelente fuente de información.

—¡Jesús! ¿Qué le pasó?—pregunta intrigada y asustada, Rosita.

—Afortunadamente, nada; pero pudo matarse—continúa el informador sempiterno—, lo tiró el caballo por las orejas cuando perseguía al toro de LA BLANCA, y cayó de bruces sobre un trampal (1). Gracias que la caída fué sobre blando, si no allí se queda.

Don Cleto interviene rápido.—¡Cómo se pondría!

El informador.—Para cogerle con pinzas. No sé cuantas aguas tuvieron que darle y gracias que, aunque le estaba grande, se pudo poner la ropa del Zacarías (2); si no, aun está en el monte.

—De todos modos, con su peso y sus años... —insinúa con timidez doña Rosario.

—Nada, señora, nada; en estas fiestas, ¡gracias a Dios!, nunca pasa nada desagradable, asegura muy convencido don Rufino, que no cabe en sí de contento con lo de su chico y está deseando contarlo.

Doña Juanita, siempre curiosa, le da por su comer, diciéndole:

—He visto a Rufinito venir de la Saca. ¡Qué rico estaba!

---

(1) Trampal, terreno fangoso, con mucho fondo y bastante agua.

(2) Zacarías, uno de los guardas del monte, a cuya casa fué llevado don Máximo después del accidente.

—No me hablen ustedes de Rufinito, es un truanán  
—contesta don Rufino.

—¿Diga? ¿Diga?—pregunta más de una señora.

—Verán: Rufinito salió esta mañana montado en un borrico con su buena merienda y su bota de no peor vino. Nada más llegar al monte invitó al tío Quico a tomar un taco y beber un trago. El tío Quico no se hizo de rogar y trago va trago viene, agarró una papalina matinal que todavía debe estar durmiendo. Mi chico, sin espolique, le ha dado tal paliza al asno, que lo ha visto don Bruno y nos ha dicho que de no haber caído tan a tiempo le da un torozón.

La cosa no hizo de reír lo que esperaba el progenitor de Rufinito, por la poca gracia con que fué contada y porque el caso no era ninguna novedad.

Hay alguna sonrisita amistosa y don Cleto, siempre con segundas o terceras intenciones, alarga la mano a don Rufino y le dice con toda seriedad:

—¡Enhorabuena! ¡Rufinito, como el autor de sus días, siempre será un as!

### III

Una vez desmontados de sus cabalgaduras, bien sudadas por cierto, los señores de Martínez de Poveda, entraron en casa.

No poca sorpresa causó a James ver que los señores de la casa sin quitarse las espuelas, sin lavarse y sin ducharse, pidieran unos vasos de agua, prontamente servidos, amén de unos azucarillos y unas copas colmadas de anís.

Colocados los azucarillos sobre las copas, y vertidos que fué sobre ellos el anís, se le hizo arder hasta que el azucarillo partido en pedazos cayó al agua (1).

Disuelto el contenido, a bebérselo de un trago o a sorbitos. Después de mitigada la sed, con nuevas libaciones de lo mismo, sin apenas sacudirse el polvo, quitarse las espuelas y al Casino.

#### IV

En Numancia la concurrencia y la animación eran inusitadas. El piano apenas cesaba de tocar y el despacho de bebidas frías y licores era extraordinario y fuera de abono.

Los socios y sus familias, cada vez más animados, bailan o discretean con los que van llegando.

Al entrar nuestros amigos con su huésped, éste escucha complacido:

—¡Enhorabuena!

—¡Hecho un javato!

—¡Ya es usted de los nuestros!

El mister, cuya faz va tomando un color violáceo cada vez más subido merced a la influencia que la acción de los rayos solares va ejerciendo sobre una piel poco hecha a ellos, contesta:

—¡Gracias, muchas gracias!—Al propio tiempo hace repetidas genuflexiones, mueve la cabeza en leve incli-

---

(1) El agua procedente del deshielo se conservaba en tinajas, colocadas en los sótanos, y no perdía la primitiva temperatura durante todo el año.

nación, une las dos manos, las levanta todo lo que puede y las inclina hacia atrás y hacia adelante, en señal de agradecido y general saludo.

—Señores, reconocidísimos y muy obligados—dicen los de Poveda—, por su cordial recibimiento; vamos a ver si encontramos sitio en alguna mesa, estamos muertos de sed—dicen a unos y otros.

De varias tertulias surge el grito de ¡aquí, aquí!, que representa una invitación cariñosa para que ocupen un lugar en ellas, al propio tiempo se levantan de sus sillas y las acercan a nuestros amigos.

—Muy honrados— dicen los recién llegados y optan por tomar asiento en su peña con sus habituales tertulios.

Los amigos celebraron el garbo de mister James y su arrojo en el acoso de las reses en más de una ocasión, con gran complacencia del inglés que, perdida la flema y ganado al entusiasmo, sonreía complacido, sin cesar de sorber poquito a poco una mixtura de coñac, seltz y hielo.

Pronto, muy pronto, así al menos pareció a las señoras y señoritas entretenidas en sabrosos coloquios o animado baile, tuvieron que dejar el grato esparcimiento por haber llegado la hora de la prueba.

8.

LA PRUEBA

8

LA PIERRE

## I

Apenas ha terminado el desfile de la Saca, las buenas gentes de Soria desde todas las calles de la ciudad, en animados grupos, se encaminan a la plaza de toros.

Más tarde, el señorío masculino se dirige al mismo sitio y se coloca en él, cosa nada fácil.

La plaza de toros de nuestra ciudad tiene, como todas las demás, una capacidad y un aforo que en la nuestra sólo cuenta en los espectáculos de pago.

En los gratuitos, y éste lo es, el coso taurino propicio al bullicio y deseoso de que nadie se quede en la calle por su culpa, se ensancha de forma tal que cuantos acuden a presenciar la prueba, caben en él.

Conste, pues, que en la tarde de marras cupieron en ella cuantos lo desearon hasta quedar cuajados de personas de toda clase, sexo, estado y condición: palcos, tendidos, callejón y ruedo. En el tejado también quisieron colocarse algunos, pero no los dejaron.

## II

En los chiqueros estaban encerrados, a la hora de comenzar el espectáculo, los diez toros que se habían traído.

Empezada la prueba, muchos eran los que se sentían

toreros. Para que no lo fueran tenían a su lado varios ángeles tutelares, además de buenos consejeros, buenos chicos.

Los intrépidos, para demostrar *su afición y su arte*, citaban al toro desde muy cerca de la barrera y tomaban el olivo en cuanto el bichejo los miraba o hacía ademán de acometerlos.

Otros, más ilusos, engañados por las repetidas libaciones de morapio y contando con el valor que da el alcohol, citaban de lejos al bicho con sus chaquetas, pequeños trozos de trapo o una vara de fresno que tenían en la mano, hasta que se la tiraban a la cornúpetta cuando la cosa se ponía seria.

Muy poca cosa todo ello, al fin y al cabo, para divertir a la concurrencia.

Para dar gusto al respetable, estaban en el ruedo los añionados de la localidad.

En merecido tributo nos es grato recordar: “Al Juanillo”, “al Malaguito”, “al Gallito” y otros de tanto mérito como los nombrados, pero cuyos nombres no acuden a mi infiel memoria.

Lo cierto es que los mentados y los dejados en el tintero, bien sabe Dios que sin intención de hacerlo, con sus pantalones de talle, sus guayaberas, sus fajas y sus gorrillas de seda, a pesar de sus años (entonces los tres eran unos respetables cabezas de familia), estaban muy majos y lidiaban los moruchos templando y mandando, aunque con falta de quietud en los pinreles, motivada, sin duda, por la incierta acometida de lo lidiado.

Cuando los novillos, con más o menos voluntad de hacerlo, topaban con los que estaban en el redondel y

los lanzaban al aire y de éste al suelo o al suelo directamente, el dolor de los golpes sufridos no se sentía en caliente y cualquiera tenía tiempo para acordarse de ellos en los días sucesivos.

### III

El estar lleno el callejón motivaba que al saltar las reses, hecho repetido ya que las carnes no les impedían hacerlo, la confusión y la dificultad para ponerse a salvo fueran insuperables.

Cada cual, como buenamente podía, se lanzaba al rondel donde caía de cabeza, de costado o dando volcanelas durante un buen rato.

Otros se encaramaban a los tableros del tendido agarrándose a las cuerdas de la barrera.

Los que podían se hacían la ilusión de refugiarse en los burladeros ya más que colmados.

La turbamulta corría, sin orden ni concierto, en todas direcciones saltando al ruedo cuando ya había vuelto a él el astado o tontamente se dirigía hacia donde estaba la res en vez de huirla.

El novillo, una vez que pudo hacerlo, seguía callejón adelante dando golpes a troche y moche, sin mayores consecuencias que roturas de ropas y algún varetazo o pisotón.

Esto, que contado por mí es más que posible resulta poco entretenido, visto y vivido hacía reír la mar a la concurrencia y constituye hoy todavía uno de los más grandes atractivos del festejo.

IV

Apenas se dió suelta al último morucho, los impacientes inician el desfile. Los que no quieren perder ripio continúan en su sitio hasta que el bicho entra en el toril.

Para lograrlo hay que confiar más que en los cabestros y cabañeros, poco duchos en esos menesteres, en la buena voluntad de la res, que esta vez no falló, ya que ella solita entró en los chiqueros tan pronto como encontró expedito su acceso.

Sin res en el ruedo, los del callejón se echaron al rondel; los del tendido se arrojaron al callejón; los cabestros, viendo cumplido su cometido, corretearon de un lado para otro; la banda de música continúa tocando la jota, y uno de los mansos —berrendote, zancudo, estrecho, desgarbado y con cuernos tan largos como retorcidos— de repente, sin que hayamos podido averiguar el porqué, ni el para qué de hacerlo, arremete sañudamente contra sus compañeros de profesión; después de vapulearlos a modo inicia un torpe paso de baile y a continuación la emprende a trompazos con manos, patas, cuernos y zumba, con los que invadieron la candente arena, hasta dejarla limpia.

Un buen palo, manejado con destreza y brío, hizo entrar en razón y en el corral al bueyancon y a la bueyada.

Al salir del palco don José, acordándose de una pieza teatral de gran éxito, decía a su huésped en voz alta para que todos pudieran gustar de la cita:

—Como dice el gallego de Chateaux Margeaux: “Cuando menus se piensa, el más mansu suelta un palu.”

9.

LA PRIMERA GAITA



I

Fuera de la plaza, los que la colmaron toman diferentes direcciones.

Unos, cuesta del Ferial abajo, para subir por la calle de la Tejera y adyacentes, a sus respectivos domicilios.

Otros, los más, toman la calle del Ferial o el callejón del Salvador, para llegar a la plaza de Herradores y desde ella, Collado abajo, se van quedando en la botillería de Silvino, en los Casinos o en la calle, formando animadas tertulias, en locales cerrados o al aire libre.

Nuestros amigos, Concepciones arriba para cruzar luego la carretera y entrar en la Dehesa.

Llegados a las sillas se toma posesión de ellas. Nuestro inglés coge una para sentarse; otra, para colocar el sombrero y el bastón; dos más, para que sirvan de cómoda colocación a cada uno de sus brazos, y una más para estirar las piernas.

Como no está el cobrador, no se paga ninguna y si viniere, con la perra gorda de una de las ocupadas, quedaría como un señor.

La tertulia no estaba en aquel entonces tan animada

como concurrida. Los temas de actualidad, estaban ya más que agotados y el cansancio, por los trajines del día, se dejaba sentir.

Cuando el cónclave estaba a punto de caer en un dulce sopor y alguno de sus miembros había iniciado las primeras cabezadas, un sonido agudo, penetrante, conocidísimo, despabiló a los contertulios quienes, después de prestar un momento de atención, exclamaron con tono jubiloso:

¡La GAITA!, con mayúscula, así lo exige su brillante intervención en los festejos y lo destacado de su actuación.

El chirriar del instrumento musical así llamado, y los redobles del tambor que le servían de acompañamiento, cada vez se percibían más distintamente.

Al escucharles, aquellos rostros mustios se animaron, aquellos cuerpos desmadejados y caídos se irguieron y, puestos de pie, gran parte de ellos, señores muy señores y muy mayores también, rompieron a bailar al son de la gaita con el mayor de los entusiasmos.

Y en seguida la discusión.

Don Blas propugnó que la gaita era la de su cuadrilla, El Rosel.

Don Lesmes, sostuvo que era la de San Esteban, la suya.

Don Cleto, muy furioso, se apostaba veinte duros a que era la de El Salvador, la de él.

Don Aniceto, que era forastero y como tal no le agradaba nada la perspectiva de cinco días con dieciséis gaitas tocando sin cesar, sostuvo muy sosegadamente: "Pero, señores, no sean ustedes niños. ¿Cómo van a dis-

tinguir si la gaita es la de una cuadrilla o la de otra, si todas suenan igual?"

Y nuestro Mister, aunque procuraba reprimirse, difícilmente pudo disimular el poco agrado que le causaba el sonido de la primera gaita.



10.

VIERNES DE TOROS



## I

Bien de mañana se inicia el jolgorio.

Apenas salido el sol, las dieciséis gaitas comenzaron a sonar. Las más sin otro acompañamiento que un tambor. Algunas llevan, además, bombo y platillos. A muy pocas les hace el dúo otra gaita o dulzaina.

Cumplida a conciencia su misión de despertar al vecindario, para lo cual dan una vuelta completa a sus respectivas cuadrillas, los gaiteros y los que de ellos no han de separarse en todas las fiestas, a casa del Jurado para recogerle y de paso matar el gusanillo (1).

Después de dejarlo bien muerto, el Jurado, los Cuatros y *la compañía* desfilan por las calles de la ciudad hasta la plaza de toros.

Les precede el emblema de la Cuadrilla. Una tablilla sobre un palo, llevada por un mocete, y en la que, además del nombre de cada una de ellas, va un asunto taurino, generalmente un cromo con una cabeza de toro.

Bien bailoteado el cartel, bien agotado el repertorio de los gaiteros y bien puestos a prueba la resistencia

---

(1) El gusanillo se mata a fuerza de aguardiente.

de los aparatos bucal y respiratorio del acompañamiento, que no cesa de dar vivas a los Jurados, a los Cuatros, a los mozos, a las mozas, a las Fiestas de San Juan y a La Unión, se llega a la plaza.

Se entra en ella por la puerta grande, se da una vuelta al redondel, al son de animado pasodoble y entre el estruendo de los cohetes y los ya mentados gritos de rigor.

Se sube al tendido para buscar el sitio desde el que han de presenciar el espectáculo. El Jurado sube al palco que el previsor Municipio les tiene reservado, situado frente a frente del presidencial, y en cuyo testero, al salir cada toro, se coloca el cartel con el nombre de la Cuadrilla.

Con no pocos apuros y *dispenses* se van colocando los que no fueron a la plaza cuando rayaba el alba. Ello motiva discusiones, peleas y otros excesos que a veces llegan a mayores. Hay alguien que levanta su garrote porque *tiene malas pulgas*, más antes de dejarlo caer sobre nadie una mano providente lo detiene en su camino.

—¡ Si no es por éste!—dice el malhumorado agresor, y con ello cree haber demostrado su peligrosa condición.

Bien expurgado el público de los caballeros y señoras de la localidad que se habían colado en la plaza *sin querer fiestas*, para lo cual tuvo que actuar la guardia urbana, cuya intervención fué obligada consecuencia de la bronca armada en los tendidos, hasta conseguir la expulsión de los intrusos.

II

Al filo de la hora de comenzar el espectáculo lograron llegar a su palco don José y don Antonio con el huésped.

—¡Hurra! ¡Hurra!—gritó, ebrio de entusiasmo, el inglés cuando, después de no poco trabajo, pudo llegar a la barandilla del palco y le fué factible contemplar lo que ante su vista se ofrecía.

Una plaza chiquitita, limpia, bañada por el sol, abarrotada de gente, adornada con sus mejores galas, predominando en las vestimentas femeninas los tonos claros, vivos, alegres, con toda la gama de irisaciones del espectro solar.

La mayor uniformidad de las vestimentas masculinas, telas de paño, pana o dril, la rompían la nitidez de las camisas al descubierto, lo vario del color de las fajas y de los pañuelos colocados sobre los hombros.

Sombrillas, muchas sombrillas de todas clases, colores y formas, en manos femeninas y masculinas que no cesaban de subirlas, de bajarlas y de inclinarlas a todos lados.

Los abanicos, de diverso colorido y brillantes tonos, semejaban innumerables mariposas en inquieto aletear.

Un ambiente, en aquella primera hora, fresco, grato, diáfano, sutil.

El rumor de las conversaciones, los gritos de los vendedores de “¡Limón helado!” “¡Gaseositas frescas!”, las canciones, vivas y risotadas, todo ello causaban grata impresión a la vista, contento en el ánimo y, forzosa-

mente, el asombro del que como James Home no había imaginado pudiera existir una concurrencia como la que veía, apretujada hasta la incomodidad y, sin embargo, satisfecha, alegre, contenta, feliz.

### III

El Señor Alcalde aparece en el palco presidencial, a la hora en punto, y el respetable le tributa cariñosa y nutrida ovación.

En seguida, a toda velocidad, la prueba de los cinco toros que no se pudo hacer la tarde anterior.

Sale la primera res, flaca en demasía, con largos pelos y cornamenta tampoco muy desarrollada; la pobre no había medrado más que en pelambreira.

Dióse a correr, y a éste quiero y a éste no quiero fué atropellando a los que estaban en el redondel y lo dejó limpio. Sobre el tío Morritos, sentado en el suelo, en un alarde de serenidad, saltó el novillote sin causarle desvío ni susto alguno, pues es más que dudoso que el paciente se diera cuenta del trance por que había pasado.

El trasiego de vino continuaba sin interrupción. El vino o la limonada (1) pasaba de la bota a la boca y de ésta al estómago, siempre propicio a recibirlo, y bien necesitado de él para reponer las energías gastadas en una incesante movilidad.

---

(1) Mezcla de agua, vino, limón, azúcar y canela en dosis desiguales.

Gritos y canciones, éstas bastante destempladas, y los vivas sacramentales, encendían el entusiasmo de las masas y ensordecían a los que, mudos, los escuchaban.

Por si fuera poco el ruido de las gaitas, el redoblar de los tambores y el estruendoso sonar de bombos y platillos, allí estaba, además, la banda de música municipal, cuyos marchosos pasodobles llevaba al paroxismo el entusiasmo de los actores y convencía a los neutrales que un poco antes o un poco después se iban adhiriendo al grupo de los alborotadores saltando, gritando, cantando y gozándola tanto como ellos.

Otra vez los aficionados locales en amistosa competición con los golfillos venidos de otras tierras armados de capotes de brega, dos palos a manera de banderillas o una muleta y un bastón, cuando la res lo permitía, daban muestras de sus habilidades, premiadas con clamorosas ovaciones por la numerosa y distinguida concurrencia, propicia y bien dispuesta a reconocer y premiar el mérito de nativos y foranos.

#### IV

Terminada la prueba, serenos y alguaciles, con don Calixto a la cabeza, consiguieron a fuerza de buenas razones y algún que otro empujón, que el redondel se viera libre de la plebe que lo ocupaba.

Al hacer el despejo los lidiadores, con sus flamantes trajes de luces, que tenían la obligación de torear y poner sendos pares de banderillas a los toretes probados, fueron acogidos con frenética ovación.

Un toro, dos toros, tres toros, quince toros... salieron mañana y tarde de los chiqueros.

Más grandes, más chicos, más bravos o más mansos. Nobles y con algo de bravura los más jóvenes; mansurrones y de sentido, los más. Con escasa fuerza, flacos y mal encornados y de poca casta todos, moruchos al fin.

Abundaban los negros: Botinero, el de La Mayor; bragado, el de San Juan; listón, el de El Salvador; berrendo, el de El Rosel; cárdeno, el de La Blanca; castaño, el de San Esteban, y negros zainos los demás.

Los toreros de aquel año, nuestros viejos amigos el "Avelino", el "Bonifa" y el "Laseca", que venían un año tras otro, dejando simpatías y amistades a montones, hicieron cuanto pudieron con el capote y con los garapullos para ver de complacer a la afición, de suyo poco exigente, que sólo daba muestras de disgusto cuando, por su culpa, el diestro se quedaba con los palos en la mano o los dejaba clavados en la dorada arena.

El modesto estipendio percibido por su trabajo lo incrementaban con repetidos brindis de los pares colocados.

## V

El diestro "Laseca" dió dos veces el salto de la garrocha, siendo de ver, en el primero sobre todo, el anheloso estremecimiento del público cuando el diestro, sin más defensa que una vara de detener, citaba al toro a cuerpo limpio y al arrancársele adelantar la pica,

clavarla en el suelo y, utilizándola a modo de pértiga, elevarse y, apoyando el palo en el testuz del morlaco, pasar sobre sus lomos para caer airosamente por la penca del rabo y después, soltando la pica, huir lo más rápidamente posible del astado, revuelto furioso contra su burlador para tomar cumplida venganza del engaño sufrido.

Nuestro Míster, sorprendido por aquello, casi no podía creer era verdad lo que estaba viendo.

Los ¡oh! ¡oh! y los repetidos ¡hurras! lanzados a todo meter, no bastaban para expresar su entusiasmo y se rompía las manos de aplaudir al diestro, quien en justa correspondencia le brindó el primer par que le correspondió poner.

Como nunca segundas partes fueron buenas, al dar el último salto, "Laseca" tuvo la desgracia de que, al chocar la pica con el testuz, se rompiera, y, privado de su auxilio, en vez de salir por el cuarto trasero del bicho vino a caer sobre sus lomos y de ellos a la arena.

El animal se revolvió e hizo por el diestro, y mal lo hubiera pasado a no ser por el "Bonifa" que llamó la atención de la res y se la llevó embebida en los vuellos de su capote.

El quite, de maestro, fué premiado como se merecía. "Laseca" se levanta del suelo, blanca la color, se dirige al "Bonifa", le da las gracias y un abrazo. "Bonifa" abraza a "Laseca". Los amigos de los diestros saltan al ruedo y abrazan a ambos. Los del tendido se abrazan los unos a los otros en noble emulación. Y James, preso de intensa emoción que le priva del habla, no se da

cuenta de que él también debía haber abrazado a alguien.

Para que no se pierda la noticia de ello, hacemos constar, con todo agrado, que fué tan lucida, brillante y jubilosa la actuación, en aquel viernes de toros, del diestro "Laseca", que el gentío salió de la plaza diciendo:

—¡Qué gozar con el "Laseca"! (1)

Y que la frase se conservó luengos y dilatados años en recuerdo de aquella su memorable actuación.

## VI

El Jurado de la cuadrilla de San Esteban compró su toro al señor Mariano, de Golmayo.

Era un toro majó, con sus cinco años cumplidos, su capa castaña, sus buenas veinte arrobas sobre los lomos, enmorrillado y con bien puestas, aunque cortas, defensas.

Fué llevado a los corrales de la plaza por la noche, valiéndose de unas vacas que con él comían en los verdes prados de El Royal.

Cuando salió a la plaza en la prueba, el redondel estaba desierto y la presidencia, con muy buen acuerdo, dió la señal de retirarlo apenas asomó la jeta por el chiquero.

Entró en el redondel pausadamente, mirando a todos

---

(1) Rigurosamente histórico. Todavía se la recuerda, con el regusto de las cosas gratas, por los ancianos de la localidad.

lados como queriéndose enterar de para qué se le había sacado. Mas no bien se dió cuenta de que nada tenía que hacer allí, después de mover el rabo varias veces en sentido lateral y de escarbar decidido con las cuatro patas, recordando, sin duda, la frescura del chiquero, se volvió a él sin ajena intervención.

Al salir en la mañana del viernes, el redondel estaba tan limpio como en la tarde anterior. La gente, en el callejón, y los toreros dentro de los burladeros. Cuantos ocupaban las barreras armados con sendas varas o formidables garrotes los esgrimían con todas sus fuerzas levantándolos cuanto podían y dejándolos caer sobre los tableros.

El ruido que hacían al golpear del modo antedicho, quién sabe cuantos cientos de personas, era temeroso, ronco y seco, muy semejante, pero más intenso que el de una batería de ametralladoras en pleno funcionamiento.

El toraco, que había salido también con toda tranquilidad de los toriles, al ver agitarse tanto brazo y tanto palo, arremetió hacia donde estaban los más próximos, mas antes de llegar se dió cuenta de la formidable paliza que le esperaba, volvió grupas, soltó unas coces y echó a correr al centro del ruedo donde nadie le molestaba.

Los del tendido, viendo que un torero que se atrevió a salir estuvo en serio peligro y que el toro, comportándose como tal, deshacía a cornadas el capote que el diestro tuvo que tirar al suelo para librarse de un serio disgusto, gritó unánime:

—¡Al corral! ¡Al corral! ¡Al corral!

Y el Presidente, buen demócrata que era, accedió a lo que se le pedía y estaba deseoso de conceder.

Por la tarde se hizo un paripé parecido al de la prueba y el toro de San Esteban pasó a corrales sin sufrir el menor desavío.

## VII

Por la tarde, segunda parte de lo mismo, con la desventaja, sobre la mañana, de que la concurrencia era mayor y el calor también.

Los moruchos, más huídos y resabiados, cosa más que natural, no permitían lidia alguna y los banderilleros pasaban lo suyo para *no quedarse con los palos en la mano*.

El público facilitaba su cometido gritándoles:

—¡A la media vuelta!

—¡Por el rabo!

—¡Como puedas!

El diestro de tanda ensayaba lo bonita suerte de ir hacia el toro por su espalda para ver de colocar las banderillas dónde y cómo pudiera.

—¡Todo es toro!—se gritaba también.

Y si para ello había grandes dificultades, el bicho al toril y a otra cosa.

### VIII

El señorío femenino solía ir a la plaza por la tarde. Las castizas que iban también por la mañana eran muy pocas.

Trajes de seda, *Faldas de las de candil y mangas de las de farol*. Aquéllas, recogidas según era la gracia de cada cual y échele usted todo el salero que quiera a la cosa y se quedará corto, en la mayoría de los casos.

¡Vaya arrogancia, distinción y gracia la de aquellas niñas y de algunas de sus mamás!

Sobre todo cuando se prendían la clásica mantilla y la alta teja que tan bien les cae a todas, sean rubias o morenas, trigueñas o pelirrojas.

Al verlas, hasta James, si hubiera sabido decirlo, exclamaría pleno de entusiasmo:

—¡Ole con ole y con ole!

A falta de oles, sus prismáticos —a los del mister nos referimos— iban de palco a palco, y aun cuando no prestó la menor atención al espectáculo taurino, el otro, el que miraba y admiraba, embargaba de tal modo su atención y le distraía tan agradablemente, que hubiera deseado no tuviera fin.

### IX

Otros motivos de solaz y esparcimiento fueron las banderillas de fuego, pues, además de sus estampidos,

muy del agrado del pueblo soberano, una vez colocadas, donde y como se podía, excitaban al animal y hacían que saltara barrera, siendo el colmo de la gracia cuando alguno de los cartuchos estallaba dentro del callejón, lleno de gente.

Terminada la lidia mañana y tarde, desde el coso taurino a colocarse en sitio propicio para presenciar el desfile de las Cuadrillas, cuyos trofeos de la ida se aumentaron con las banderillas arrancadas desde el callejón al pasar la res cerca de la barrera o con las caídas en el suelo, burlando a los agentes municipales encargados de recogerlas.

11.

BAILES, BAILES Y BAILES

II

BARRAS Y BARRAS

Cualquiera que estuviera en nuestra ciudad desde antes de las nueve de la noche hasta las altas horas de la madrugada del viernes llamado de los toros, de seguro afirmarí, y no se equivocaba, que estaba en el pueblo más alegre y divertido del planeta.

Apenas encontraría calle, plaza o plazuela donde pudiera organizarse un baile, en la que no hubiera docenas o centenas de personas moviéndose al son de una gaita, formando una compacta masa con liviano movimiento de traslación y en frenético y continuo agitar de manos y pies en el que era más de admirar la rapidez que el ritmo.

Ellas con ellos o ellas con ellas, bailando jota tras jota, sin más descanso ni sosiego que el de ir a preparar y trasegar la cena en el menor tiempo posible.

Se deja de bailar cuando la gaita calla. Mas como hay otra cerca que toca y a ella se llega en seguida, allá se va para seguir bailando.

## II

En los Casinos, llenos hasta los topes, se baila al son del piano, antes y después de cenar.

Valses, polcas y rigodones, en el aristocrático Nu-

mancia. Chotis, pasodobles y jotas, en la democrática Amistad.

Los que bailotean incansables, quisieran que aquello no tuviera fin. Sus progenitores, aburridos y somnolientos, esperan impacientes su terminación.

A nuestro conocido don Rufino, le dice su amable cónyuge al filo de las tres:

—Vamos, hombre, ya está bien; son las tres.

—Pero, Chochoncita, no ves que son chicas y un día es un día. (*Don Rufino.*)

—Te digo que ya está bien, y para lo que vamos a sacar... (*Chochoncita.*)

—¡Calla! ¡Calla! ¡Qué sabes tú de eso! Déjame a mí que soy perro viejo. (*Don Rufino.*)

—Tu que vas a ser: chucho, si acaso. ¡Vámonos, vámonos, vámonos! (*Chochoncita.*)

—Yo a dar una vuelta con los amigos. No ves a Rufinita cómo se llevaba de calle a Manolito y que el chico es una maula, rico in... (*Don Rufino.*)

—Una alhaja; bueno, pero para otra, no para nuestra Rufinita. ¡Qué más quisiera yo! (*Chochoncita.*)..

—¡Vamos! Decirme a mí que no. (*Don Rufino.*)

—¡Qué no, imbécil! Había que ver a Manolito cuando iba con Marianita. (*Chochoncita.*)

—Es que Marianita está... (*Don Rufino.*)

—Sólo esto me faltaba. Esto no te lo aguanto. He dicho que a casa.—Y uniendo la acción a la palabra Chochoncita después de decir: “¡Buenas noches a todos!”, se dirige presurosa hacia la puerta del salón.

Don Rufino que la sigue, pretende inútilmente alcanzarla.

Las niñas corren detrás de sus papás, sin casi despedirse de sus amistades. Rufinita va haciendo pucheros mientras susurra: “¡Esta mamá, llevárenos ahora teniendo el baile comprometido con Manolito, en el que de seguro...!”

La hermana menor, Chochoncita “cadet”, a quien la pasión no nubla el entendimiento y se da perfecta cuenta del juego del pollo, cada vez más colado por Marianita que no le hace el menor caso, dice a Rufinita:

—No te apures, rica, otro día será.

En el salón, durante la escena de marras, los cuchicheos son continuos y las miradas y sonrisas maliciosas también.

La mesa de nuestros amigos comenta lo que ocurre y se ríen a mandíbula batiente de su contertulio don Rufino.

James, así llamado a su instancia por los que le rodean, al ver el fin de la escena, se levanta, extiende su antebrazo derecho en media flexión, lo agita como para pegar con él, al par que mueve todos los dedos de la mano como si fueran badajos de campana repicando a gloria, al propio tiempo que exclama, dando a la frase la debida entonación:

—¡Aguardiente!

Carcajada general.

### III

Después de marcharse la familia de don Rufino, se inicia el desfile general quedando en el salón los trasnochadores.



Como son escasamente las tres y hay que hacer tiempo hasta las cuatro y pico que se da suelta a los toros, Dimas, uno de los viciosos de la localidad, propone:

—¿Vamos a armar una timba perrera?

Don Aniceto que tiene miedo al jueguecito, opone:

—Ya es tarde.

Don José, el abastecedor, celoso de su negocio y conocedor de con quién se juega los cuartos, anuncia en alta y clara voz:

—Señores. Tengo perdices escabechadas, ostras frescas, huevos, chorizo, jamón y un...

No le dejó terminar la concurrencia.

Al momento, don Antonio que es un clásico, pide un huevo y chorizo fritos. Juanito, almibarado joven de la localidad, encarga un chocolate con bizcochos y un vaso de leche fría. Pepito, de la goma soriana más exquisita, solicita una docenita de ostras y media de Soterne. Y la mayoría de los que se quedaron, piden algo.

Terminado el refrigerio y próximas las cuatro, formando animados grupos se van a la plaza, haciendo sonar a su paso por las calles las aldabas, aldabillas y aldabones de la ciudad, hasta lograr queden abiertas las puertas que dan acceso a las casas y libres las escaleras para que puedan ser utilizadas por los que se vean obligados a buscar refugio en ellas.

12.

**LOS TOROS EN LAS CALLES**

FOR JONES BY HIS CLERK

## I

Cuando los primeros grupos llegaron a la plaza, ya estaban abiertas sus puertas, colocadas en su sitio las maromas y los toros en sus chiquereros respectivos. A todo había atendido la diligencia municipal.

No era fácil la tarea que habían realizado estos celosos funcionarios. Para que así conste y para que la posteridad no lo ignore, hacemos notar que eran veinte las maromas a utilizar: quince, para enmaromar a cada una de las reses que se habían de correr, y el resto para ser colocadas en los bichos que, por su vigor y corpulencia, se temía no tuvieran suficiente sujeción con una sola.

Las maromas son de cáñamo, fuertes y resobadas por innúmeras generaciones. Habitualmente están puestas delante de la localidad llamada barrera, en la forma y manera que es habitual y corriente. Fué preciso, pues, quitarlas de su sitio, separarlas en trozos y colocarlas convenientemente, para con ellas enmaromar a cada uno de los toros que se iban a correr aquella mañana.

## II

La plaza se va llenando de gente y de ¡buenos días! que dan los que llegan y devuelven los que están en ella.

La lívida luz del amanecer y la mala noche pasada, se refleja en los semblantes y hace que los de ellas —ojerosas y despeinadas, además—, pierdan muchos de sus naturales encantos.

Aun no había salido el sol y con buena entrada en el callejón, tendidos y palcos y muy poca en el ruedo, el señor Alcalde dispuso la salida del primer bicho.

El morucho, apenas se ve en la plaza, hace esfuerzos inauditos para quitarse las maromas, corre y tira cornadas a diestro y siniestro.

Las mozas y mozos de la cuadrilla, que ya antes de salir la res tienen agarrado el otro extremo de la maroma y están en la puerta de salida, tiran de ella fuertemente y el animal responde al tirón acudiendo a donde se le llama.

Al darse cuenta de que el toro les obedece, el morcerío sale al campo del Ferial bajando disparados su fuerte pendiente.

La fiera al ver que tiene a su alcance el campo libre, toma también la cuesta a toda velocidad.

Los que van tirando de la maroma corren a más y mejor; pero bien pronto se ven alcanzados por su prisionero y la maroma se suelta por los que tan arrogantemente la tomaron momentos antes.

¡Qué va suelto!, suena por primera vez en aquella mañana.

Así lo cree el animal que todavía imprime mayor velocidad a su carrera, persiguiendo a los que corren delante de él.

Mas bien pronto ve sus bríos deshechos y su cuerpo en tierra, por la fuerte resistencia que le ofrece la otra maroma con que iba sujeto.

Los valientes —desertores de su puesto ante el peligro— al ver al animal en tierra, lo citan con desplantes, y arrogantes y animosos vuelven a agarrarse a la maroma.

El caído logra recobrar su posición normal, y al notar que está de pie, otra vez a correr con bastante miedo, los de la maroma que a poco se dan cuenta corre a su cargo exclusivo la sujeción del toro. Los otros han vuelto a la plaza para ayudar a sacar al toro siguiente.

### III

Los que no actúan, siguen en la plaza hasta que sale el último morucho. Atentos al espectáculo que no deja de ofrecer ocasiones de reirse del prójimo, cosa que hacen a su sabor, sin peligro y a distancia. La cosa se pone seria, para dichos señores, al salir de la plaza y entrar en las calles ocupadas por los toros, las maromas y los que de ellas tiran. Al fin y al cabo, con mayores o menores sobresaltos, encuentran sitio seguro donde colocarse para continuar con su papel de es-

pectadores y para contar las proezas realizadas en sus verdes años.

En su loca carrera por sus cuadrillas y hasta llegar a ellas, los toros dan algún que otro susto y la maroma *sacude sus metidos* a los que carecen de vista o de agilidad para librarse de ellos.

De cuando en cuando, se ata la maroma a una reja dejando un trozo libre para que el bicho pueda actuar en todas direcciones.

Entonces los jóvenes lo citan, hacen algo parecido a torear y lucen su garbo ante las bellas que, desde balcones y ventanas, embelesadas, los contemplan haciendo, al propio tiempo, grandes aspavientos ante el peligro que según ellas dicen, está corriendo el pariente, el amigo o el admirador de sus encantos.

La indumentaria que cada uno lleva demuestra su particular idiosincrasia. Los prudentes, por un por si acaso, sacan la ropa más destrozada que tienen. Los gomosos, siguen con la ropa que llevaron al baile, y al bailar ante la res, continúan en su eterno papel de almibarados mequetrefes. Los frioleros van con gabán de entretiem po, de un uniforme color café con leche, en toda la gama que la mezcla de los dos ingredientes permite. Los chulines, muy abrochada la chaqueta y bien abiertos de manos y de pies, sacuden algún trapo, a modo de felpudo, poniendo entre ellos y el morlaco la suficiente distancia para impedir que el riesgo pueda iniciarse.

Quien aspira a lidiador de reses bravas y lleva por todo aditamento un bastoncejo con el que da al bicho en la testuz, una vez conseguido que arranque, co-

rreteea delante de él, siempre cerca de los pitones de la res, ante la admiración de la concurrencia poco acostumbrada a ver cosa parecida.

Los medrosos corren toda la mañana de un sitio para otro siempre temiendo los coja el toro, y se dió el caso, aquella mañana, que uno de ellos, cegato por más señas, como pasara cerca de él el bicho, al notar húmeda la parte infero-posterior de la espalda, se creyó herido. Pálido y despavorido, próximo al síncope, sólo pudo decir: ¡Estoy herido!

Es la baba del becerro; le dijo un su amigo, y no poco trabajo costó que le creyera.

Los de torpes instintos y bajas pasiones, con sus boinas mugrientas, sus crespos mechones, sus barbas de quince días, sus ropas sucias y remendadas, azuzan a los bichos con trallas, los hostigan con pinchos y los maltratan con palos.

#### IV

¡Qué va suelto! ¡QUE VA SUELTO!, ya no es un grito aislado, es un clamor.

Sale de la calle donde la muchedumbre vuela más que corre, buscando un refugio.

Surge de las ventanas, balcones y todo hueco, en los que se encuentra alguien.

Todo el mundo lo repite sin cesar.

No, no es el grito con que se encabezan estas líneas, un grito más de júbilo que de angustia, como otras veces. Ahora tiene matices de zozobra y de terror. Así tenía que ser. Lo motiva ver al toro de la cuadrilla de San

Esteban que efectivamente va suelto. De las dos maromas que arrastra, no tira nadie.

¿Qué importa cómo? El hecho cierto es que el castaño, libre de toda sujeción, corre calle Ferial abajo sin que nadie lo contenga, al llegar frente a las puertas de la Dehesa, sin tropezar con nadie, quieta la planta, levanta el morro y dándole el aire de su careo, en vertiginosa carrera se encamina a los feraces prados de El Royal.

## V

Cerca de las siete de la mañana y cuando el berrendo de El Rosel parecía no podía ni con el rabo, la retaguardia que le seguía a distancia, va acercándose al cansino astado.

Los de la maroma, al verlo, la aflojan, y el animal, no tan agotado como parecía, fué hacia los que se le aproximaban obligándoles a entrar en el portal más próximo y a subir escaleras arriba, ya que el toro, más o menos forzado, había entrado en él detrás de ellos.

James, prudentemente, colocado desde primera hora en un balcón, reía a mandíbula batiente.

A poco, bien amarrado el bicho a un poste de los soportales para proceder a su subasta, los de los refugios salieron a la calle.

Entre ellos estaba un viajante de comercio que, sorprendido por los acontecimientos, tuvo que subir escaleras arriba huyendo de la quema.

Pasó sus buenos sustos hasta encontrar sitio seguro,

y no acertaba a darse cuenta de donde estaba y de lo que le pasaba.

Tampoco podía explicarse por qué causa todo el mundo le hablaba con afecto, le obsequiaban y le invitaban a ir a la buñolería.

Menos podía comprender cómo Manolito, así llamado por todos a pesar de su cerrada barba y su enorme barriga, tenía paciencia para aguantar a los que le decían:

—¿Qué tal te ha sabido?

—¿Estaba buena?

—No se te nota más que un poquito.

Ello era motivado, aunque nuestro viajante lo ignorara, por un guantazo de órdago a la grande que había propinado a Manolito una garrida moza de cántaro con la que se había propasado más de la cuenta y ¡delante de todos!, como decía ella.

Como nota final demostrativa de nuestra imparcialidad, hacemos constar que la mañana del Sábado Agés, iniciada en la plaza de toros y terminada en la buñolería de la María, aunque le pareció animada, pintoresca y divertida no fué del completo agrado de nuestro huésped.

—¡Esos toros! ¡Esos pobres toros! Tan fieros y tan fuertes eran dignos de mejor trato— decía.



13.

LA MAÑANA DEL SABADO



Sacrificadas las reses que se han corrido, excepto las del Rosel y San Blas que se subastan en vivo, se descuartizan, se elige la carne necesaria para la caldera que se lleva a casa del Jurado; de los despojos se hacen cargo los Cuatros y el resto se reparte, en crudo, entre los vecinos que han querido Fiestas.

Las *chicas de servir*, bien peripuestas y acicaladas, con la mejor fuente y la más elegante servilleta que hay en la casa, acuden a recoger la tajada y de paso a bailar un poquito hasta que los mozos y el gaitero salen a recorrer la cuadrilla, *pidiendo la maroma*. Discreto modo de disimular un sablacejo que dan a los vecinos y con cuyo importe meriendan, mozas y mozos, en grata compañía, el lunes de Bailas.



14.

LOS AGES





Después de tomar café, se propuso por los señores de la casa a Míster James, la visita a unos cuantos Agés.

—Con uno basta —aconsejó la hermana—, y si dais un poco de tiempo para que aquello se anime, será mejor.

Adoptado por bueno el discreto consejo de la dama, se prolongó la sobremesa y para hacerla más grata se sirvieron unas copas de buen coñac a las que el huésped hizo el debido honor, y, a poco, bien animados, con atravesar la calle estuvieron en el local donde se celebraban los Agés de San Juan.

Era éste un corral con sucios y destartalados muros. Había en él por todo mobiliario, unos viejos bancos de madera, una tosca mesa, también de madera, sendas medias barricas llenas de vino tinto y unas pocas y desportilladas jarras de barro, por no llamarlas por su nombre de pucheros, tan pronto llenas como vacías del *tintorro* que corría sin cesar de mano en mano y de boca en boca.

El Cuatro de tanda, hacía de subastador de los despojos del toro de la cuadrilla, y con voz ya de suyo avinagrada, y en aquella ocasión todavía más enronquecida que de costumbre, decía a la par que exhibía la pieza:

—¿Cuánto dan por los riñones del toro de San Juan?

—Dos reales—prometió un rumboso.

—¿Quién da más?—musitó, más que dijo, el susodicho Cuatro.

—Tres—dijo un otro concurrente.

Así siguió la puja hasta llegarse a los siete reales.

—No hay quien de más; a la una, a las dos y a las...

En este preciso momento nuestros amigos los señores de Martínez de Poveda y su ilustre huésped, después de haber conseguido—no sin hacer para ello grandes alardes de diplomacia—quedarse en pie y no tomar parte en el *bebitoque*, forman un grupo próximo a los demás, cuando el Cuatro que llevaba de un lado para otro los riñones, objeto de subasta, para que fueran apreciados por los vecinos de la Cuadrilla allí presentes, se acercó a nuestros amigos. Pasó al lado de los dos hermanos quienes, con comedido ademán, rehusaron tocar el mondongo; más nuestro James Homes en un momento de buen humor, bien explicable porque bien se veía su complacencia por el espectáculo que tenía ante su vista, acaso más grato que por la subasta en sí, por el continuo desfilar de garridas mozas que, provistas de sendas fuentes, iban a recoger la *tajada*.

Mas fuera la complacencia motivada por una u otra causa, nuestro ilustre huésped —día llegará en que quede bien justificado el empleo del epíteto— tocó los riñones y en aquel instante el subastador, como si no esperara otra cosa, gritó todo lo fuerte que su menguada voz le consentía:

—Dos pesetas, a las tres. Quedan subastados en ocho reales los riñones del toro de San Juan.

Cuando le fueron entregados los riñones a James Home, éste hizo un movimiento de extrañeza, pero pronto salió de su apoteosis pues no faltó quien le dijo:

—El que toca, puja.

Y soltando una estrepitosa carcajada, sacó de su portamonedas un hermoso duro y lo entregó al Cuatro subastador.

Fácil fué hacer comprender a los mozos de la cuadrilla que las tres pesetas restantes eran para ellos. De buen grado y sin tenerlo que solicitar se encargaron de llevar los riñones al domicilio donde se alojaba el súbdito fiel de Su Graciosa Majestad.



15.

LAS VERBENAS



Unas noches estrelladas y un cuidado jardín iluminado a la veneciana, como se decía por aquel entonces.

Dieciséis gaitas con los variados acompañamientos de que ya se ha hecho especial mención, están en él.

En el quiosco, instalado sobre el tronco corpulento de un centenario olmo, la banda de música.

Alrededor del árbol de la música y en torno a cada gaita, bailarines y bailarinas, algunas veces agarrados, las más sueltos, danzando al son de su respectiva música sin más descanso que el indispensable de los que tocaban, provocando, si se prolongaba, la impaciencia de los bailadores que, no necesítandolo, protestaban de la flojedad de los músicos.

El señorío, en general, no tomaba parte en el bailete —salvo algún que otro *pillín* triscando de gaita en gaita— buscando los sitios más oscuros y solitarios, para danzar a placer con las mozas de Cidones, Tledillo o cualquiera otro de los pueblos próximos a la capital que habían venido a las fiestas y gustaban de bailar con los señoritos.

Los demás se limitaban a formar sendas y jubilosas filas de ellas y de ellos y a pasear Dehesa arriba, Dehesa

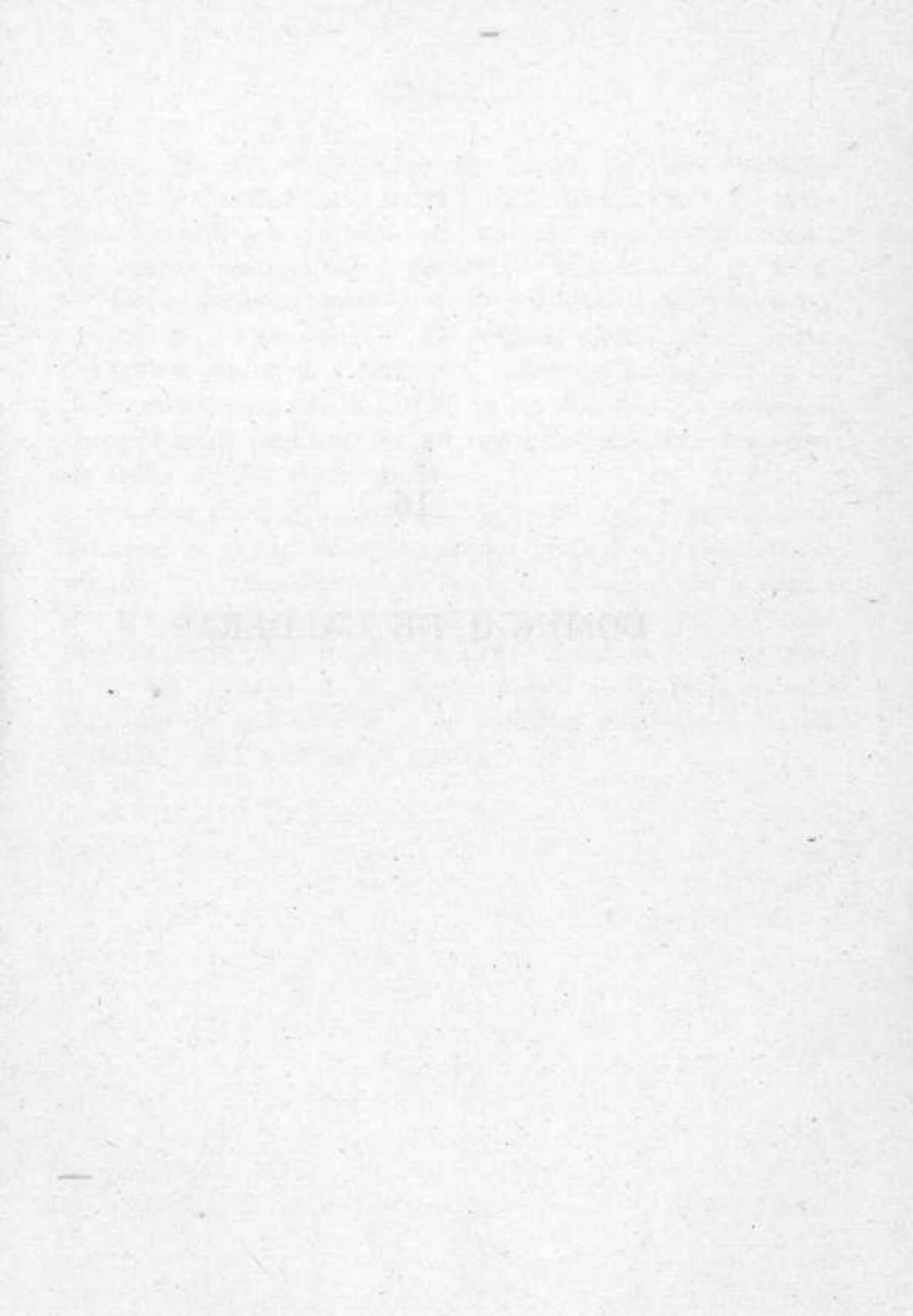
abajo, con alguna parada ante las gaitas, con exclamaciones de verdadera y santa indignación al ver a Manolito, Periquito o Juanito que habían dejado plantadas a sus damas respectivas y perdían el tipo ante el atractivo de las pinariegas que se destornillaban bailando jotas.

Los de los puestos de alfeñiques, *limón helao*, frutas de sartén, churros y buñuelos, hicieron su agosto, y un poco más lejos, en la botillería de Silvino, se tomaban, con prudente medida, los medios mantecados o los vasos de leche helada merengada.

La casi completa carencia de todo otro esparcimiento durante el resto del año explica, más que satisfactoriamente, el hecho de que al llegar la madrugada y disponer las autoridades competentes, con gran agrado y complacencia de las honestas madres de familia, la terminación del festejo, a la gente joven le parecía pronto aun cuando su diversión se hubiera limitado a bailar, charlar y dar vueltas al paseo.

16.

DOMINGO DE CALDERAS



I

Repican, muy de mañana, las campanas de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Soria, para glorificar la Dominica.

Haciéndolo bien, aun resuenan poco si han de cantar el aleluya que merece día tan señalado.

Las trompetas de la Fama deberían hacer coro a las campanas para loar como se merece el acontecimiento.

Ahí es nada. Es domingo de Calderas, día en que nadie, absolutamente nadie, rico o pobre, indígena o forastero, nadie, lo que se dice nadie, deja de tener a su disposición una sabrosa y abundante pitanza en la Cabeza de las Extremaduras.

Un año tras otro, una vez y otra vez, desde donde el recuerdo alcanza, sucede tal cosa.

La honesta pobretería local, no vacila en dar honrada fe de ella acudiendo a la plaza de toros a recoger la tajada que regala el M. I. Ayuntamiento con el recuerdo de tiempos más felices en que pudo pagarla, y con el reconocimiento hacia los que en el adverso se la proporcionan.

Los de otras tierras que, acaso, de la necesidad hacen industria, o que por su desgracia viven en la indigencia, mal cubiertos con pobres harapos, con suciedad y desvergüenza, noticiosos de que aquella mañana podían comer gratis y sin necesidad de alargar la mano para solicitarlo, acuden de luengas tierras para disfrutar del agasajo.

## II

Mas basta de preámbulo, aunque mayor y mejor se lo merece lo simpático de la fiesta, y lo poco frecuente de algo parecido, y vamos a la Plaza Mayor o de la Constitución.

En ella, al pie de las gradas del Ayuntamiento, está el Concejo en pleno con los empleados, alguaciles, serenos y barrenderos, pues todos han dado fin a su cometido y se disponen a darlo al muy grato que les está encomendado aquella mañana.

El señor Alcalde con su levita, su chistera y su bastón de borlas.

Los señores Tenientes de Alcalde con sus flamantes ropas domingueras, sus sombreros hongos y sus bastones de mando.

Los Concejales con lo mejor del armario sobre sus cuerpos más o menos juncuales, y el más terne, el señor Julián, con su chaqueta de terciopelo negro, ribeteada de cinta de seda, su pantalón de talle, su cadena de plata, su amplio sombrero negro que se contonea con gracia y tal o se coloca en clásica postura de estatua una pierna junto a la otra con un ligero arco en una de ellas,

apoyándose sobre el bastón de caña con puño de asta de ciervo.

A poco van llegando las autoridades invitadas y a la hora en punto los señores Gobernadores Civil y Militar: éste, de uniforme; aquél, de etiqueta.

Saludos de rigor, sonrisas cariñosas, alguna que otra puyita y el señor capellán con los ornamentos de rigor, procede a la solemne bendición de las Calderas.

LA CALDERA, LA SEÑORA CALDERA, es la Reina de la fiesta. Todas van majas de verdad. Rosas, azucenas, clavelés, mirtos, yedra y verdes ramas de laurel las adornan, y dentro de la uniformidad del elemento decorativo, hay en cada una detalles de buen gusto y muestras de originalidad que las diversifican y hacen que, por uno u otro motivo, sean dignas de especial mención.

Cada una va acompañada de un nutrido y lucido acompañamiento. El Jurado, los Cuatros y los mozos que mientras llevan la Caldera, sudan lo suyo.

Por otra parte, llena como está hasta los bordes y llevada al aire, forzoso es portearla con el equilibrio y cuidado precisos, para que el contenido no se vierta y el adorno no se estropee.

Rompen la marcha en cada cuadrilla su cartel, con los gaiteros y el acompañamiento detrás.

El cartel debe ser bien bailado y el chiquejo que lo lleva pone en ello especial empeño.

La presidencia oficial delante de la banda de música, en un orden que acaso no sea muy protocolario, pero que es muy del agrado de los que la integran.

Así, paso a paso, con sus inevitables paradas. Ya se

tiene dicho que la Caldera pesa y ahora se añade que los mozos que la llevan, van cansadísimos.

—¡Paraisus mochachos!—les grita una de pueblo que vino a las fiestas y se conduele.

Ellos la atienden finos y agradecidos: ¡Buenos chicos que son!

### III

En la ermita de la Soledad, la presidencia oye misa, mientras cada cuadrilla se dirige a su respectivo aparcamiento.

En ellos están ya las Juradas con su distinguido acompañamiento de mozas, familiares y amigas, unas y otras de muy buen ver y con elegante atuendo.

Preparan las mesas, colocando el limpio y primoroso mantel, la elegante vajilla, la lujosa cristalería, los cubiertos y las flores que la adornan.

Todo limpio, brillante, resplandeciente. Habría que ver y que decir si otra cosa ocurriera.

La Jurada de San Blas, la exuberante doña Remedios, cuidaba de los últimos detalles de la mesa cuando llegó corriendo Joaquinito avisando que los señores estaban terminando de probar la Caldera de El Rosel.

Muy dueña de sí la Jurada, y poco dispuesta a estropear con un movimiento violento la obra maestra que había realizado la peinadora momentos antes, con toda pausa y comedimiento, dispuso que la Trini, camarera de servicio, fuera colocando en sus respectivas bandejas los trozos de ternera y de gallina, los pedazos de jamón, las rodajas de chorizo y los entremeses, cuidando de

realizarlo con el mayor de los cuidados, a fin de evitar que ni la más pequeña brizna de vianda, ni la más leve migaja de pan cayera sobre el impoluto mantel.

Los Cuatros se encargan de llenar las jarras de vino y de colocarlas, juntamente con las copas, en sendas bandejas para luego, como coperos mayores de la cuadrilla, servir a las autoridades.

Doña Remedios ordena:

—Tú, Mariana, el jamón; tú, Rita, el chorizo; tú, Mercedes, la ternera; tú, Angelines, el pan, y vosotras, Juana y Manuela, lo demás.

Lo demás son aceitunas, anchoas, pepinillos y medios huevos duros.

—¡Y tú, quieto!—gritó a Manuel, uno de los Cuatros, cuando le vió dispuesto a echar el vino en la jarra sobre el mantel—. Eso, en el arriate y con cuidado de no manchar la jarra.

Cumplido que fué por Manuel, a satisfacción de la señora Jurada, su cometido y pasado por la Tecla un paño sobre las jarras llenas de vino, quedaron relimpias y a esperar.

#### IV

La espera fué breve.

Primero el señor Alcalde avanza ceremonioso en dirección a los Jurados. En seguida las presentaciones:

—El señor Gobernador Civil. El señor Gobernador Militar.

—Mis buenos amigos doña Remedios y don Juan, Jurados de esta cuadrilla.

—Tanto gusto—dicen los presentados a coro.

—Estamos encantados—asevera el señor Gobernador Civil.

—Encantados y entusiasmados—corroborra el señor Gobernador Militar.

—¡ Cierto! ¡ Cierto! (*Un señor diputado provincial en funciones de presidente.*)

—¡ Vaya una mesa bien puesta! (*El señor Gobernador Civil.*)

—¡ Cierto! ¡ Cierto! (*El susodicho Diputado provincial.*)

Juana, Manuela, Mariana, Rita, Mercedes, Angelines, María, Manuela y los Cuatros, interrumpen la conversación presentando sus respectivas bandejas.

El señor Gobernador Civil, toma un trocito de ternera; los demás van cogiendo pedacitos de uno u otro manjar y para pasarlos mejor, llevan a sus sedientas fauces las copas llenas del vino de la cuadrilla —un espeso vino de Aragón con sus buenos 18 grados— que deja huella de su riqueza tintórea en vasos y labios.

Los alguaciles de servicio, ven comer y beber y se les van los ojos tras los manjares que no pueden probar por tener las manos ocupadas con los bastones y sombreros de los señores, quiénes de no haberse quedado sin ellos, no hubieran podido hacer, como lo hacían, el *debido aprecio* al contenido de las bandejas.

—Esto está riquísimo. (Afirma con semblante satisfecho el señor Gobernador Civil, a la par que come un trozo respetable de jamón.)

—¡ Cierto! ¡ Cierto! (Corroborra solícito el en funciones de Presidente de la Corporación provincial.)

—; Mamarracho, y con éste van veintidós ciertos, si llevamos bien la cuenta! (Por lo bajo el Secretario de la Diputación al señor teniente coronel de la Guardia Civil, cuyas mejillas están a punto de estallar no se sabe cierto si por el exceso de contenido, o por querer disimular la risa que le tentaba o por ambas cosas a la vez.)

El señor Alcalde, que actúa de maestro de ceremonias, y ve lo entretenidos que están los Gobernadores con las señoritas de las bandejas, les dice:

—; Señores que son las once y nos faltan once!

—; Cierto! ; Cierto!—corroboraba el Gobernador Civil, víctima de explicable contagio, a la par que dice, dirigiéndose a la señora Jurada—: Aquí estaríamos toda la vida pero ya son más de las once y nos faltan once cuadrillas. ¿No dice usted eso, Martínez?

Así se apellida el Alcalde. Este hace signos afirmativos con la cabeza al propio tiempo que reclama su sombrero y su bastón.

Manos que se tienden y se estrechan; cumplidos obligados; deseos de descanso a los ajetreados Jurados. El señor Gobernador Militar dirigiéndose a las chicas, con quienes sigue conversando:

—; Hermosa mañana! ; Hasta el Casino!

Las chicas entusiasmadas:

—; Hasta luego! ; Buen provecho a todos!

## V

Las autoridades y comitiva, ésta en progresivo aumento, se encamina a la cuadrilla de San Esteban y allí se

reproduce la escena representada en las anteriores y que se repetirá en las siguientes.

En una cuadrilla más y en otras menos; pero en todas hay que hacer aprecio, y los manjares y, sobre todo, las copas de vino, dejan escurrir algo sobre las vestimentas de los comensales.

Ellas salieron de casa como un sol, mas antes de terminar la última cuadrilla, están llenas de lámparas. Aquí un toque de sepia, allí un punto amarillo, más allá una pincelada de rojo vivo y un número vario de redondeles de un morado oscuro muy subido.

La camisa del señor Alcalde, hombre curtido en estas lides, tampoco se vió libre de puntos morados.

Una copa que rezumaba por el pie, tuvo la culpa.

—Qué estarías haciendo, Jacobo —sabía él que había de decirle al llegar a casa la señora Alcaldesa, no muy confiada, con sobra de razón, en la fidelidad conyugal de su esposo.

## VI

Probada la caldera, se procede a su distribución, y es de loar el exquisito tino con que, sin pesas ni medidas, a ojo, sí señores, a ojo, los Cuatro hacen el reparto equitativamente entre todos los vecinos. Las inevitables desigualdades procuran y consiguen compensarlas con el más exquisito de los cuidados.

Una vez que se han hecho cargo de la tajada, del pan y del vino, estos con peso y medida, los más sin salir del paseo, tienden los blancos manteles sobre el mustio

césped y lo consumen juntamente con los exquisitos manjares de que iban provistos.

La distribución de la tajada no es cosa fácil, motivando justificadas protestas de los que por su mala suerte y el exceso de consumidores no pudieron probar la carne, la gallina o el jamón.

La ración de chorizo, aun para los padres de familia numerosa o bien relacionada, se repartía perfectamente: a mayor número de comensales, menor porción, pero porción al fin y al cabo.

Hubo para todos y hasta se pudo repetir, y supo mejor cuanto menor fué la dosis; no hay nada que empalague tanto como la abundancia.

Los Jurados, con su acompañamiento, almorzaron fuerte y bien.

Las Juradas, aunque la alegría y la satisfacción las rebotaba, no lo dieron a entender más que con el arrebol de sus mejillas, más pronunciado que de costumbre, y con sus estrepitosas carcajadas. Sus maridos, rebosantes de noble y legítimo orgullo, se hincharon y no tuvieron más remedio que soltarse los botones del chaleco y los que, sin ofender al pudor, pudieron desabrocharse del pantalón.

## VII

No termina el ajetreo de las autoridades con la prueba de la última caldera. Después de ello, con menos bajas de las que lógicamente se podían esperar por Las Concepciones, bajo un sol de justicia que hacía brillar

más las luces de las chisteras y los galones de los uniformes, a la plaza de toros.

Fuera de ella, con impaciencia mal contenida, estaban esperando los que se habían presentado para disfrutar de las calderas preparadas por la municipalidad.

Sendas calderas con succulenta paella unas y con un guiso de carne y patatas, otras. De las dos se da ración a los que la esperan.

Después de bendecidas y probadas, se distribuye su contenido y simpáticas señoritas de la localidad las entregan a sus destinatarios.

Los Gobernadores, nuevos en estas lides, al comparar las calderas preparadas con el número de pobres entre los que había que repartir su contenido, no pueden contenerse y dicen en voz baja al Alcalde:

—Martínez, ¿habrá bastante?

—Tranquilidad, caballeros. Sobrará. No hay noticia de que don Calixto y la Engracia, que las han preparado, se hayan equivocado nunca, aseguró con una certeza que disipaba todas las dudas el Alcalde, y dirigiéndose a los comensales, dice:

—Ahora os voy a dar una buena noticia: Míster James Home, mi ilustre tocayo, os obsequia con unos botos de vino que están al llegar.

La ovación tributada a míster James no es para descrita, había que haberla escuchado. En su entusiasmo descollaron los forasteros, más que “moscas” por la más que temida falta de *morapio*.

—A los que le acompañan, el señor Martínez (don Jacobo).

—Y ahora, amigos míos, muchas gracias por vuestra

grata compañía, y si a ustedes les parece vamos a dar ésto por terminado—y poniéndose el sombrero y volviéndoselo a quitar en saludo cortés, y dirigiéndose a la pobretería: “¡Buenas tardes a todos!”

Destoque y genuflexión general al par que se gira sobre los talones, y a paso procesional, como corresponde a la indumentaria que llevan y a la elevada representación que ostentan, hacen mutis por el foro (puerta de la plaza).

### VIII

Del paseo a casita, a dormir la siesta o a los casinos.

Día de confraternidad el de Calderas; es libre la entrada en los círculos de recreo.

Así era de ver que, cuando más animado estaba el baile, un fuerte tropel lo invadía.

Era una Cuadrilla, dos Cuadrillas o más Cuadrillas que, con todos sus atributos y acompañantes, a tañer de gaita, redoble de tambor y golpes de bombo y platillos, entraban en el salón de baile de “Numancia” o la “Amistad”.

De pronto, aquello, a los bailarines, no les hacía ninguna gracia, mas al momento reaccionaban y después de aplaudir a rabiar el desfile de los intrusos y vitorear todo lo vitoreable, a bailar al son de la gaita, como antes lo hicieran al del piano.

Las Directivas del Casino visitado llevaban a otro salón a los visitantes y a los que deseaban acompañarles, y allí se les obsequiaba con lo que les *cumplía tomar*.

Muy agradecidos los visitantes, muy obligados los vi-

sitados; los primeros volvían a la calle dispuestos a tocar en ella para que los de abajo pudieran solazarse como los de arriba.

No estará demás hacer constar que ¡gracias a Dios! por aquel entonces, los de abajo y los de arriba nos llevábamos bien.

Y más en aquel día memorable en que se perdonaban las injurias, se olvidaban los agravios y las enemistades concitadas durante el año se borraban, para reanudar la amistad perdida con más fuerza que tuviera nunca.

Llegada la noche, una cena ligera y a continuar bailoteando. Es posible que alguna autoridad tuviera que preparar el aceite de ricino, la limonada purgante o el agua de Carabaña, y sus señoras respectivas la bencina.

17.

LUNES DE BAILAS

17

PLATE DE DALLAS

I

Lunes de bailas. Ultimo día de Fiestas. ¡Cuántas ilusiones fallidas y qué de recuerdos gratos también!

Por la tarde, los más celebraban las "Bailas" en la pradera de San Polo.

La gente seria sube al Santo o se tumba en la pradera que tuvo hierba y ahora sólo conserva algunas secas y tristes brizas.

La gente joven y la que no es joven, pero es animada y bulliciosa, se entrega a Terpsícore desde que llegan hasta que suena la voz: ¡A merendar!

La copiosa merienda se consume despacio y se rocía con vino y con ingenio.

Los del Concejo celebran la fiesta en la cercana ermita de San Saturio.

Los que tienen carruajes bajan a la pradera, visitan al Santo y dan una vuelta sin apenas detenerse.

Algunos de los que tienen montura bajan y suben sin apearse, por no tener las cabalgaduras acomodado en la pradera.

Como quiera que ni el comienzo ni la terminación de

la merienda están sujetos a horario, cuando cada cual da fin a la suya, en animado grupo emprende la subida a la ciudad, y la mayor parte de los excursionistas, sin escala en ninguna parte, *se llegan* a la Dehesa.

La subida de las “bailas” es presenciada y comentada por los que a ellas no fueron o estuvieron sólo de pasada. Unos y otros hacen sus preparativos para asistir a la última verbena y terminar dignamente las Fiestas.

## II

—Como *los señores* se acostaron tarde—dijo doña María a la cocinera—, y llevan varios días de mucho des-arreglo en las comidas, prepáreles una taza de manzanilla bien cargadita y déjeles una botella de cazalla para que echen unas gotas.

Efectivamente, al pedir el desayuno, *los señores* se encontraron con unas tazas de manzanilla, una botella de cazalla y el azucarero, en vez de lo habitual.

A los hermanos de doña María la cosa no les llamó la atención; James, sin exteriorizar su extrañeza, se tomó la manzanilla bien adicionada de anís y azúcar. Le supo bien y le sentó mejor.

Al servirles la *tisana* se les advirtió de un adelanto en la hora del almuerzo y se les recomendó la puntualidad.

Con buen apetito se sentaron a la mesa a la hora en punto, y en la mejor de las armonías trazaron el plan para la tarde.

—Quedamos en que en casa a las siete—determinó doña María.

Los señores se fueron a las sillas del Casino para pasar el rato con las bromas cotidianas, aunque con menos animación que de costumbre, por distraerse los contertulios con el paso incesante de los que van de bailas.

Les acompañan dos gaiteros que los rumbosos Jurados de San Blas y San Clemente sostienen a su costa.

A las seis de la tarde, la cuesta de la pradera, el camino y el monte han echado el completo.

### III

Como unos clavos, antes de la hora señalada, los señores estaban en casa.

En la puerta esperan la cesta, tirada por dos jacas, y el faetón, por una yegua bretona.

Subida al comedor, saborear un chocolate ilustrado, recoger a las señoras, que ocupan la cesta, y los dueños de la casa, James y don Rufino al faetón.

Los coches toman la dirección de la ermita de San Saturio a buen paso.

De pasada se contempla el río desde su puente y los cerros que rodean la ciudad.

Se hace notar al forastero el de las Animas y se evoca a Becquer.

Paso por el del edificio de San Polo y enseguida se

divisa la pradera y la multitud que la ocupa en su totalidad.

Reinan en ella la alegría, la animación y la cordialidad. Parece que están comenzando los días de inusitada diversión, y tocan a su fin.

Llegada a la ermita y subida por la cueva. La ascensión se hace sosegadamente, con grandes paradas y detenidas explicaciones dadas al Míster que no conoce *aquello*.

En la capilla del Santo se admiran los frescos, se reza, se descansa un poquito y se deja una limosna (la del inglés espléndida).

Al salir de la ermita se toma el descenso con toda calma. Hay paradas y frases admirativas a cada paso.

Llama la atención la hosquedad de la Sierra Alba, sin otra vegetación que las plantas aromáticas que embalsaman el ambiente y algunos conatos de chaparros.

Se mira, después, el cerro del castillo, todavía más carente de vegetación, con sus barrancadas, al parecer teñidas con la sangre de los que lo defendieron en la francesada.

Debajo de él, las blancas edificaciones de los Coladeros de San José, del Molino de Enmedio y de la fábrica "Flor de Numancia".

La presa llena de fresnos, zarzas, mimbres y chopos plenos de vida y exuberantes de verdura.

Después la tabla, tersa y pulida como luna de cristal, en la que se refleja la sierra, el cerro, el arbolado, el follaje de las márgenes, con una variedad de tonos, una

nitidez y una grata penumbra (1) que lo deja todo como desdibujado y vago de contornos y suprime el brusco contraste que la realidad ofrece entre el seco y sereno paisaje de los altos y la risueña variedad del Duero y sus orillas llenas de espadañas, aneas y bergazas en flor.

—Maravilloso, sencillamente maravilloso — exclama, extasiado, Home.

#### IV

—¡Mire, mire abajo!—se dice al Míster—. ¡También lo de abajo tiene que ver!

Han cesado los bailes que al pasar se contemplaron y se han iniciado las meriendas.

Este silencio, esta quietud y este sosiego, le van mejor al tranquilo paisaje que el alborozo anterior.

Nuestros amigos suben a los carruajes y todo lo despacio que pueden emprenden el regreso.

Pasado el edificio de San Polo se detienen. Van a enseñar a James el comedor, para el día siguiente.

Contemplan y admiran unos árboles corpulentos, la orilla del río, una tierra calcinada a trechos y el resto de una verde frescura.

—Este lugar umbroso y apacible nos espera—dice, con el énfasis debido, don Antonio.

James casi no le atendía, ensimismado en la contemplación de una admirable puesta de sol.

Los últimos rayos de un sol en el ocaso chocan con las nubes simulando formidable incendio. Al disminuir

---

(1) En aquella hora vespertina.

la intensidad de la luz solar, el horizonte es una sinfonía de colores plumizos, cárdenos, azules y rojos; éstos van extendiéndose hasta teñir de un vivo carmín las blancas nubes que esmaltan el firmamento.

La luz va disminuyendo y la oscuridad triunfa para mostrar la soberana majestad del cielo estrellado.

Las señoras apremian y son atendidas.

—Hay que llegar antes que se inicie el desfile.

No muy lejos se oye la animación de los que regresan de la pradera.

En uno de los grupos se canta, una vez más, la copla prodigada los días anteriores:

*Hasta qu'el artillero  
no diga bomba va,  
hasta que no dispare  
ninguno beberá.*

*¡Que beba! ¡Que beba!*

*Que pum...*

Este pum se prolonga hasta que al caballero que al sonar el pum empinó la bota, se le acaba el resuello y deja de beber.

(Bien quisiera el autor copiar la música. Tiene que desistir de hacerlo, bien a su pesar, porque sus conocimientos musicales no llegan a tanto. Para los que gusten de aprenderla con todo, se ofrece gustoso a enseñarla de viva voz al coro propicio a conocerla.)

18.

DESPEDIDA DE MISTER JAMES

---



I

Al día siguiente del de "Bailas", James, sin temor a supersticiones, invitó a almorzar en la pradera de la huerta de San Polo a sus amigos más íntimos.

Con el gasto corrió el inglés. La organización fué cosa de don José, y con ello queda dicho que la cosa estuvo bien y a punto.

Los entremeses, abundantes, variados y de verdad; quiere decirse, y valga como ejemplo, que las lonchas de jamón eran tan gruesas como la suela de una alpargata.

En la menestra había *de todo*, y todo estaba a punto.

Las truchas y la cochinilla se deshacían en la boca.

Las natillas, flanes, compotas y frutas eran lo mejor de lo mejor y estaban *para comérselas*, frase que el señor Martínez (don Jacobo), uno de los comensales, sólo solía pronunciar cuando del mujerío se trataba.

Lo esmerado del servicio, lo grato del lugar y la animación de los comensales, hizo que el tiempo transcurriera rápidamente y que llegara en seguida la hora de brindar.

II

En aquella agradable reunión había uno obligado a hacer uso de la palabra, y éste fué Mister James Home, quien lo hizo en estos o parecidos términos:

"Mis amigos:

Sabed que Soria cuenta, desde hoy, con un panegi-

rista más, y sus Fiestas de San Juan también. (*Bravos y aplausos.*)

Hubo de complacerme de ellas, como ciudadano de la libre Inglaterra, la amplia y generosa libertad que en ellas campea. (*Más bravos y más aplausos, sobre todo de los liberales.*)

Todos vosotros podéis querer o no querer Fiestas, sin que nadie coarte vuestra plena autonomía para decidirlo.

Vuestra negativa no entraña más que la privación de presenciar el espectáculo taurino del viernes y la de no participar en el reparto de una tajada, cuyo importe no se pagó.

Por otra parte, si por vuestra mala o buena suerte os corresponde en el *sorteo* (*risas*) celebrado al efecto (*más risas*) desempeñar el cargo de Jurado (*una voz: ¡como es obligación de todo soriano!*) podéis rechazarlo.

—Eso está muy mal hecho—dijo un señor de abo-  
lengo que hasta la fecha no ha sido Jurado (*grandes y prolongadas risotadas ante el tupé del socio*).

¿Dónde y cuando los miembros de ninguna otra comunidad son tan dueños y señores de sus determinaciones?

Recordaré siempre vuestras simpáticas fiestas; no uno sola de ellas, sino su conjunto armónico.

Cierro los ojos y me parece estar viendo la ida a Valonsadero, la estancia en el monte, las carreras por el Collado y todo, absolutamente todo, lo demás.

¡Cómo no tener presente aquellas garridas amazonas clavadas en las sillas de sus caballerías, agarradas al

talle de su hombre y al baticola del aparejo sin que caiga de su arre ¿se dice así? (*Nuevas risas y aplausos*) más qué cuando cae éste!

Este vuestro sol que quema (bien lo acuso yo), hace lucir los colores con más intensidad que en nuestras tierras norteñas, da una mayor diafanidad a vuestra atmósfera y hace que parezca podéis tocar con la mano, a pesar de la distancia que os separa, las sierras que os rodean.

Y la gente, esa gente vuestra, a prueba de desastres, de sinsabores y de desgracias, de una raza fuerte y dura que no puede perecer. (*Formidable ovación; los Martínez de Poveda están visiblemente emocionados.*)

Vuestro comedido comportamiento con propios y extraños.

Un comer y un beber desaforado. Eso os parece a vosotros; pero nosotros comemos y, sobre todo bebemos, más. Vosotros bebéis a *chorrillo*, nosotros a *caño libre* (*Pausa*). (*Los comensales se miran unos a otros, se atreven a hacerlo: ¡Que te crees tú eso! James apura se atreven a hacerlo. ¡Que te crees tú eso! James apura a la inglesa otro copazo): ¡Glo! ¡Glo! ¡Glo!* (*Ruido producido al pasar de la boca al estómago el líquido que acaba de ingerir el orador.*)

Este continúa.

Sabéis soportar con fortaleza envidiable y con un buen gesto digno de toda loa, las incomodidades de un sol abrasador y de una abrumadora estrechez en todas partes.

He corrido medio mundo, he visto mucho; pero lo

que he contemplado en estos cinco felices días que he pasado entre vosotros ni lo había visto ni podía creer pudiera tener realidad fuera de la Arcadia feliz.

Vamos a separarnos para siempre.

(¡No, no, para siempre no, tienes que volver!)

—Yo también deseo volver y estoy a vuestra disposición donde quiera que me encuentre, mis buenos amigos.

Y dirigiéndose a los Martínez de Poveda:

A vosotros, mis viejos amigos, ¿qué voy a deciros? Nos conocimos en tierra extraña, para vosotros y para mí, y bien creí al veros adoptar tan fácilmente usos y costumbres inglesas que eran las vuestras.

Bien veo que vosotros no os parecéis a nadie y cuando os decís amigos lo sois con el alma y con la vida.

Quisiera corresponder a vuestra generosa y a vuestra espléndida y cumplida hospitalidad; bien sabéis cuan de verdad os lo digo.

Mis amigos: levanto mi copa por la prosperidad de todos los sorianos y por las Fiestas de San Juan, vuestras incomparables fiestas. (*Algunos aplauden, los más están emocionados, don José y don Antonio abrazan estrechamente al orador.*)

Este se va.

F I N



scio: 25 pes

3  
A  
6

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

1963

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS